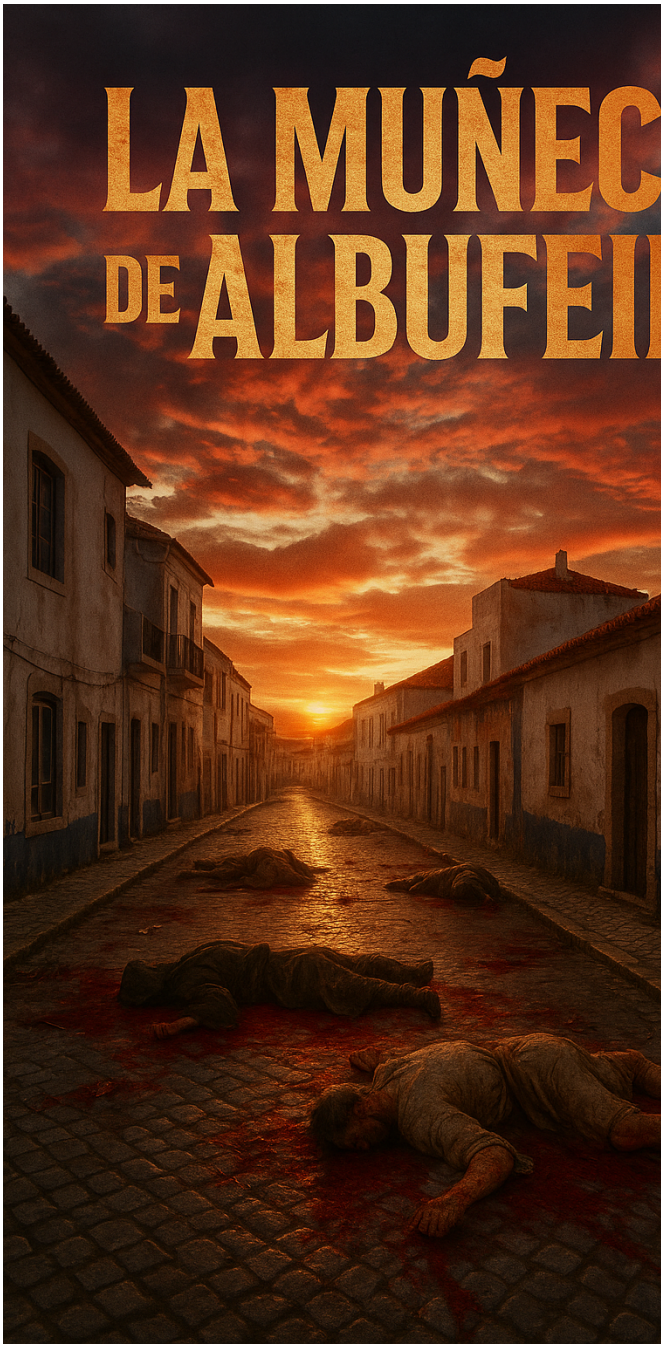
## Para ti, Ninfa.

Quiero agradecer de corazón el interés en los universos de la locura.. Es un honor para mi.

Espero y deseo que puedas encontrar algo interesante entre estas palabras.

Siempre agradecido.

El Juguetero


LA MUÑEC
DE ALBUFEI

## Aviso de ficción

Esta obra es una pieza de ficción.
Los nombres, personajes, lugares, eventos y situaciones descritas son producto de la imaginación del autor.
Cualquier parecido con personas vivas o muertas, eventos reales o lugares específicos es mera coincidencia o se utiliza con fines narrativos.

Aunque algunas localizaciones y referencias culturales e históricas estén inspiradas en lugares reales —como Albufeira o las tradiciones del sur de Europa—, todo lo narrado forma parte de un universo completamente ficticio y no debe interpretarse como una representación literal o histórica.

Este libro contiene elementos de horror psicológico, violencia y muerte.
Se recomienda discreción al lector.

## Introducción: No leas esto en voz alta

Estimad@ y apreciad@ lector/a antes de seguir, por favor hagamos un ejercicio sencillo.

Mira a tu alrededor.

Pero hazlo de verdad.

No de reojo. No por encima. Mira.

¿Está bien cerrada la puerta de la habitación?

¿Y la del armario?

Hay puertas que no hacen ruido al abrirse.

Y cuando te quieres dar cuenta… ya no es solo tu casa.

Mira la cortina.

¿Se mueve?

No lo expliques.

No pienses en corrientes.

Solo mírala. Y recuerda:

las cosas que se esconden detrás nunca se anuncian.

Ni se van por sí solas.

Revisa debajo de la cama.

Por si acaso.

No porque haya algo…

Sino porque si ya ha salido, lo sabrás.

Y si no ha salido,

puede que aún esté esperando que te acuestes.

Cuidado al subir la última pierna…

Y mientras haces todo esto, pregúntate:

¿Esa silla del rincón estaba así anoche?

¿Ese peluche que lleva contigo toda la vida se ha movido?

¿Ese funko tiene un gesto distinto cuando no hay luz?

¿Ese grifo que gotea en la cocina no había dejado de sonar?

¿Esa mancha en el techo es nueva?

¿Estás seguro de haber cerrado bien la ventana?

¿Estás completamente solo?

Sombras que cruzan el pasillo cuando están solos.

Pasos en estancias que tu pensabas que estaban vacías.

Voces que murmuran entre dos habitaciones vacías.

Espejos que, a veces, no te devuelven el gesto al instante., parpadean después y respiran muy despacio cuando te quedas quieto… mirándote…esperándote que no se van cuando te alejas.

De objetos que aparecen en lugares donde nunca los dejaron.

De sueños que empiezan a mezclarse con los recuerdos.

No hay gritos aquí.

Solo lo que tú decidas escuchar cuando apagues la luz.

Lo que veas cuando creas que todo ha terminado.

Lo que sientas si te levantas de madrugada y, de pronto,

el pasillo parece más largo.

O algo parece haber cambiado de sitio.

Así que apaga el móvil.

Cierra bien las puertas.

Deja solo una luz encendida, si lo prefieres.

Y si te entra la necesidad de dejar de leer…

hazlo.

Pero no lo dejes abierto.

Nunca dejes esto abierto.

Porque a partir de ahora…

ya no estás solo en casa.

Y alguien más quiere saber cómo acaba la historia.

# Prólogo

*23:07 - WhatsApp enviado desde Rua Latino Coelho, Albufeira*

> *“Acabo de llegar, solté maletas. No tengo cobertura, solo WiFi en el piso. Bajo a tomar algo. Te escribo mañana. Beso ”*

Pedro dejó el móvil sobre la mesilla, aún encendido, con el icono de doble check gris. No esperaba respuesta. Alejandro seguramente ya dormía.

El apartamento era una casa baja, antigua, encalada por fuera, pero mohosa por dentro. Las paredes rezumaban una humedad silenciosa que parecía haberse colado en el alma misma del yeso. La única ventana del salón estaba cubierta por una cortina amarilla a medio colgar, como un párpado vencido. Afuera, una farola parpadeaba sin fuerza.

Lo más inquietante, sin embargo, era el sótano. La puerta estaba justo al lado del baño, con una cerradura oxidada. Pedro no la había abierto. No tenía por qué. Bastó con que apoyara la maleta y notara una corriente helada que subía por la rendija.

A las 23:30, Pedro cerró tras de sí la verja del patio y bajó caminando por las callejuelas sin nombre. La Rua Latino Coelho estaba alumbrada con algunas farolas, proyectaban una luz amarilla que al fundirse con la humedad era casi espectral y solo se escuchaba el silencio. Solo el sonido distante del mar, rugiendo como si se lamentara por algo.

A unas pocas manzanas, con una luz roja tenue brillando sobre una puerta de madera, encontró lo que buscaba: un bar sin letrero, sin nombre, sin ruido. Solo el vaivén de una lámpara de neón medio fundida.

Dentro, la atmósfera era espesa, cargada de aguardiente y silencio. Había cinco personas. Dos parroquianos pegados a sus vasos, un viejo con una armónica en el regazo, una camarera joven detrás de la barra —piel pálida, ojos delineados de negro, expresión ausente— y un camarero de unos cincuenta y tantos, de rostro macilento y voz grave, que se movía entre las mesas como si llevara toda la noche caminando bajo la lluvia.

—¿Te sirvo algo? —preguntó la chica, sin mirar.

Pedro pidió un vino. Algo local. Se sentó en una esquina. Miraba el móvil aunque sabía que no entraría nada.

Con el tiempo y el alcohol, empezó la charla. Primero con la camarera —que se llamaba Luisa—, luego con el camarero, al que todos llamaban Nuno. Pedro les explicó que era español, que venía buscando sus raíces. Su bisabuelo por parte de madre había sido portugués, tal vez de estas tierras.

—¿De Albufeira? —preguntó Nuno, escéptico.

Pedro se encogió de hombros. —De algún lado de por aquí cerca. Mi madre nunca lo tuvo claro. Solo sé que siempre le daban escalofríos cuando escuchaba hablar de este sitio.

Los parroquianos rieron. Luisa se acomodó en la barra.

—Entonces te tocó la buena parte —dijo ella—. Albufeira es bonita. En verano.

—Y en invierno, tiene sus historias —añadió Nuno, sirviendo otro vaso.

—¿Historias de miedo? —preguntó Pedro.

—De barcos y maldiciones —dijo Nuno, que sin pausa comenzó a contar su historia.

*“ La Leyenda del Ídolo de Albufeira*

*Hace siglos, cuando Albufeira (entonces llamada Al-Buhera) era apenas un nido de casas de barro y un fortín árabe mirando al abismo del océano, el señor local llamado Wali Ibrahim Al-Salim, recibió un aviso:*

*Un señor menor del norte de África quería congraciarse con él enviándole un tributo: joyas, dinero... y a su hija primogénita, una niña aún púber, para que se convirtiera en su futura esposa.*

*Entre los regalos, sobresalía un objeto extraño: una muñeca de marfil y hueso, vestida con telas antiguas y pelo humano tejido en su corona. Un ídolo viejo, traído de tierras aún más lejanas,*

*donde los hombres rezaban a demonios de arena.*

*El barco partió. Pero nunca llegó. Una tormenta, como jamás se vio, engulló la costa de Albufeira. El barco se estrelló en las cavernas prohibidas de los acantilados. La tripulación, la niña, el tesoro... todo desapareció. Los supervivientes de aquel día juraron que, cuando bajaba la marea, podían ver el cuerpo de la niña flotando entre los arrecifes… siempre abrazada a la muñeca.*

*La cueva quedó maldita. Prohibida. Los pescadores no se acercaban. Los niños eran advertidos: "Si escuchas un susurro entre las olas, nunca respondas."*

*Y así, el ídolo se quedó esperando. Esperando que alguien jugara con él.”*

—Pues empieza bien —intervino Luisa—. Pero pensaba que esto iba de miedo, no de cuentos de marineros.

Pedro rió. —Me da más miedo el Airbnb que alquilé. ¿Rua Latino Coelho? Una casa baja con sótano. Paredes que sudan. Si mañana no contesto mensajes, ya sabéis por qué.

Entonces Nuno se detuvo.

Levantó la cabeza con una lentitud extraña.

—¿Rua Latino Coelho...? —repitió.

Pedro asintió. —Sí, ¿por?

Luisa se calló. Los dos parroquianos también.

El silencio fue tan súbito que Pedro escuchó su propio vaso al posar el borde sobre la barra.

—Entonces —dijo Nuno, acercándose, apoyando los nudillos sobre la barra como si pesaran toneladas—, ahora sí que te voy a contar una historia de verdad. No de barcos. No de viento. De muerte. De lo que duerme ahí abajo.

Miró el reloj.

Eran las 2:06.

—Escucha bien, Pedro. Porque si esta historia es cierta… puede que no llegues a contar la tuya.

# Capítulo 1: El invierno más largo

### La Marcha

El viento aullaba como un animal moribundo sobre los acantilados de Albufeira. Durante noventa días, la tierra había sido un tajo abierto bajo la furia del océano, y aquella noche, la naturaleza parecía lista para devorar hasta los huesos de los últimos hombres.

El padre avanzaba a trompicones, ayudando a su joven hija a no caer, ambos cubiertos de fango y sangre seca de las heridas que les habían hecho las rocas en el camino. Cada paso era una súplica muda contra la piedra viva. Detrás, la ciudad moría de hambre, y delante, solo quedaba el abismo.

Encontraron la entrada justo cuando la marea rugía más

salvaje, una hendidura negra entre las rocas, como la boca de algo hambriento. El hombre permaneció unos segundos inmóvil. La joven le miraba. Ella sabía, al igual que su padre, lo que decían de aquel lugar: nadie debía entrar allí.

Pero no quedaban más lugares, el pueblo moría de hambre y violencia. Y eso fue lo que le dio la determinación.

Antes de dar el paso, el padre se detuvo una última vez. Sacó de su bolsillo un pequeño lazo de tela azul, aún limpio, aún sin historia. En él, bordada una dedicatoria que no era posible ver en la oscuridad de la noche. —Para que no se te olvide quién eres —dijo. Y con dedos torpes, se lo ató en el pelo. Ella no dijo nada, pero asintió.

Sin pensarlo, el padre se agachó, apartó las zarzas podridas y empujó a la joven dentro. La pequeña, asustada, seguía dócilmente a su padre. Cuando este la empujó, notó cómo la fina piel de su brazo derecho se desgarraba ante el contacto con la zarza.

La oscuridad era absoluta.

## La Princesa del Mar

El eco de su respiración rebotaba en las paredes invisibles, como un corazón que late sin dueño. El aire sabía a sal petrificada, a humedad añeja, a miedo.

El padre se dejó caer junto a la joven, agotado. Intentando tranquilizarla, trató de contarle un cuento: —No temas, hija... la cueva no nos hará daño. Aquí duerme una princesa del mar. Si cierras los ojos... puede que oigas su risa. Si juegas con ella, seguro que pronto te llevará a su castillo y allí viviréis felices siempre.

El pobre hombre apenas podía articular palabras. Le costaba mucho mantener la mentira. Las leyendas locales contaban que en aquel lugar sucedían hechos atroces.

La niña, temblando, cerró los párpados con fuerza. Deseaba

imaginar que no llevaba días sin comer. Deseaba imaginar que no estaba en una oscura cueva muerta de miedo. Quiso imaginar que su padre tenía razón, que no iba a morir allí. Así pasaron la primera noche.

Cuando despertó, había perdido la noción real del tiempo. No era fácil distinguir en la profundidad de la cueva si era de día o de noche. Su padre aún dormía. Fue entonces cuando lo vio.

Entre las sombras, bañado por un destello moribundo de luz filtrada, algo sobresalía de la arena negra.

Un pequeño ídolo. Una muñeca, olvidada entre la humedad de la cueva, escondida bajo una piedra, como si alguien hubiera querido encerrarla allí. Estaba hecha de marfil y hueso, con cabellos resecos enmarañados alrededor de una corona rota, como si alguna vez hubiera pertenecido a una niña real… o a algo que fingía serlo.

Su rostro estaba tallado con una sonrisa que no entendía de ternura ni de juegos. Solo de espera. Una sonrisa que no desaparecía, aunque uno cerrara los ojos.

La joven se acercó, arrastrándose sobre la piedra húmeda. Había sangre en sus piernas. Fiebre en su aliento. Pero sus ojos estaban fijos en la muñeca, como si la reconociera. Como si ella la hubiera llamado.

Sus dedos rozaron el marfil frío, pero no fue frío lo que sintió.

Una punzada, como si algo le mordiera por dentro. Un susurro, apenas audible, que no venía del viento. Una presencia que no estaba en la cueva, sino dentro de la muñeca… y ahora dentro de ella.

Desde algún rincón profundo, más allá de la piedra, una voz sin garganta se coló en su mente: —Pídeme lo que deseas…

Ella parpadeó. Sintió calor en el pecho. La muñeca ya no estaba tan fría. Ya no parecía tan ajena.

La abrazó. Sonrió. Y entonces, sin pensarlo, se desató el lazo azul del cabello y se lo colocó a la muñeca, como si al protegerla, algo fuera a cambiar.

—La libertad… —murmuró—. Quiero salir de esta cueva. Quiero que todo esto termine. Que el pueblo sea libre.

El mar rugía detrás de las rocas, pero la muñeca no se inmutó. Solo su sonrisa pareció alargarse.

Y muy, muy despacio, algo despertó.

## Todo Cambiará

La cueva parecía más pequeña cada día. No porque la roca se cerrara, sino porque el mundo se encogía alrededor de ellos, como si la tierra misma los quisiera digerir.

El padre ya no hablaba. Pasaba horas en la entrada, con la espalda encorvada y la mirada vacía, pescando cangrejos flacos entre las piedras o repartiendo migas de pan húmedo en un ritual sin fe. La poca comida que conseguía y ofrecía a su hija siempre amanecía intacta, en el mismo lugar donde la había dejado.

La joven dejó de comer. Dejó de hablar con su padre. Y empezó a reír sola.

Se sentaba frente a un charco de agua salada que brillaba en la oscuridad como un ojo muerto. Siempre con la muñeca en brazos. La acunaba. Le hablaba en voz baja. A veces en idiomas que su padre no conocía. O que no eran para él.

Cada noche, la muñeca parecía distinta. Más pesada. Más cálida. Sus cabellos se mecían suavemente, aunque no hubiera viento. Aunque el aire allí no se moviera jamás.

Ella le susurraba secretos. Canciones sin letra. Promesas dulces.

Y el ídolo respondía. Al principio, solo en sueños. Soñaba con

imágenes de otro mundo: calles cubiertas de flores blancas, niños bailando con la barriga llena, un pueblo limpio de hambre, rostros sonrientes…

Luego, también mientras estaba despierta.

Las sombras ya no esperaban a la noche. Emergían de las grietas y del agua, como si la cueva empezara a supurar todo lo que había tragado durante siglos. Al principio eran simples manchas negras en las paredes, moviéndose con una cadencia irregular, apenas perceptibles. Pero con cada día, cada noche, se volvían más nítidas.

Algunas tenían forma. Un torso sin rostro, flotando a un metro del suelo. Una silueta de mujer con las costillas abiertas como alas. Un niño de sombras, arrastrando una pierna invisible, susurrando su nombre.

—Ayúdame —decía. Con una voz que no le pertenecía. Una voz que era suya.

Ella no se asustaba. Sonreía. A veces los saludaba con la mano. O les cantaba.

—Pronto, pronto —les decía a las sombras, acariciando la muñeca—. Todo cambiará.

Pero no todas eran almas rotas. Había otras que no pedían ayuda. Que no hablaban. Que no tenían ojos, pero miraban. Que se deslizaban por las rocas como raíces negras, latiendo, hinchándose con cada promesa que la niña pronunciaba. Estas sombras no mendigaban salvación. Solo esperaban.

Una de ellas se alzó una noche sobre su cabeza, llenando el techo de la cueva como una lengua de humo. Desde ahí, sin forma ni garganta, le susurró al oído:

—Ya casi eres mía.

Ella no parpadeó. Solo apretó la muñeca contra su pecho, y con dulzura, como quien cuida a un hijo enfermo, respondió:

—No soy tuya. Soy de ella.

Y miró a la muñeca.

La figura de marfil no se movió. Pero su cabello tembló, como si respirara.

Esa noche, el agua del charco se volvió negra. Y la carne del padre empezó a temblar mientras dormía.

Así pasaron las primeras cuatro noches. Aunque allí abajo, el tiempo ya no existía. Solo respiraban oscuridad.

A veces, el viento traía ecos lejanos desde el pueblo, como lamentos arrastrados por uñas rotas: grotescos gemidos, gritos partidos, el sonido húmedo de carne golpeando carne.

Gente que ya no tenía pan. Gente que se había comido las palabras. Gente que empezaba a comerse unos a los otros.

Y en la cueva, algo despertaba. Y alguien se olvidaba de quién era.

## Capítulo II: Truco y Trato

### El Susurro

La cueva no dormía. Palpitaba. Jadeaba en la penumbra, rezumando un sudor frío que impregnaba cada piedra como un aliento antiguo. El charco de agua salada hervía en silencio, como si respirara desde el fondo de la tierra.

La chica estaba de pie. Inmóvil. Frente al charco. A veces reía, pero su risa era grotesca, vacía de vida, vacía de emoción. Solo una carcajada hueca, como si viniera de un cuerpo que ya no sabía reír.

En sus manos temblaba el ídolo. Y en su cabeza, el cántico sordo del djin retumbaba como un tambor de guerra: — Pídemelo. Entrégame tu carne. Entrégame tu mundo.

Detrás de ella, el padre apenas era una sombra. Arrodillado en un rincón, tiritando de fiebre, la piel pegada al hueso, los labios agrietados murmurando plegarias antiguas. Ya no pedía salvación. Solo pedía un final digno. Y eso —en aquel lugar— era demasiado.

### La Transformación

La joven se volvió. Lentamente. Sus ojos, alguna vez vivos, eran ahora dos pozos secos, sin brillo, sin reflejo. Como piezas rotas de otro cuerpo.

El padre, sabiendo que no saldría de allí, alzó la mano. Un gesto frágil. Último. Arrastrándose con un gemido: —Hija mía… por favor… recuerda… Recuerda quién eres.

Ella lo miró. Y el padre, al verla de cerca, sintió por primera vez en su vida un miedo que no era humano.

Entonces… el trueno. El más fuerte de todo aquel invierno. Como si el cielo mismo se quebrara.

Ella dio un paso. Luego otro. El ídolo cayó de sus manos, con un sonido sordo sobre la piedra húmeda.

El susurro del djin se detuvo.

Y lo único que quedó fue el silencio.

Un silencio absoluto. Como el que hay justo antes de que algo nazca torcido.

Entonces, como un latigazo, algo atravesó su cuerpo.

Sintió como si el rayo la hubiese partido en dos, no de golpe, sino centímetro a centímetro, como si cada nervio, cada capilar, cada fibra de su carne se arrancara viva de su sitio.

Pero su cuerpo seguía allí. Lo que se rompía era su mente. No en dos… sino en cien. En mil. En millones de fragmentos, y el demonio tomó el mando sobre todos y cada uno de ellos.

La joven arqueó la espalda. Un espasmo brutal la sacudió y el sonido llenó la caverna: el crujido sordo de huesos doblándose en formas imposibles.

Se elevó. Solo unos centímetros. Pero lo suficiente para que el aire se helara.

Entonces se quebró por completo.

Uno a uno. Crujieron las muñecas. Crujieron los codos. Crujieron los hombros hasta quedar colgando, flácidos, como si alguien hubiese desatado su esqueleto por dentro.

Y ese sonido… ese sonido fue el peor: los tendones desgarrándose como cuerdas de violines en la más horrible danza macabra que nadie se atrevió jamás a contemplar.

Gritó. Gritó mucho. Gritó muy fuerte. Pero ya no eran gritos humanos. Era el bramido de algo antiguo. Furioso. Hambriento. Infinito.

Y luego… el silencio.

El cuerpo cayó. El cuerpo tembló. El cuerpo enmudeció.

Se desmayó. No por debilidad. Sino porque el alma ya no podía resistir.

La posesión estaba completa.

Ya no quedaba la hija.

Solo quedaba la promesa rota.

El padre, inmóvil, roto de dolor al contemplar la escena grotesca, lo comprendió de golpe: su hija seguía suspendida en el aire. No había caído. Nunca tocó el suelo.

La tormenta arreciaba. El océano embestía los acantilados como si quisiera reducirlos a polvo, como si intentara, con furia antigua, sepultar al mal bajo sus olas. Pero el padre no oía nada. Solo los gritos. Los gritos de su hija, mezclados con

el crujido de huesos. Y supo que nunca dejaría de oírlos.

Entonces reparó en algo aún más horrible. La joven estaba erguida frente a él. De pie otra vez.

Avanzó. Torpe. Errática. Cada relámpago iluminaba la caverna y revelaba algo imposible.

Detrás de ella… una figura. Inhumana. Monstruosa. El Djinn.

Sostenía a la joven con hilos invisibles, que solo podían verse durante el fogonazo de los rayos. Sus movimientos no eran suyos. Eran de él.

Y entonces, como quien completa una obra cruel, el Djinn extendió una mano imposible, larga, translúcida, hecha de humo y venas muertas.

Se inclinó sobre la muñeca abandonada. Sus dedos pasaron por el cuello de trapo y arrancaron el lazo azul que aún colgaba allí, húmedo, sucio, apenas reconocible. La muñeca tembló. Como si comprendiera que había perdido su única alma.

Con una lentitud obscena, el demonio ató el lazo en el cabello de la joven. No con cariño. Sino como si marcara a una bestia. Como si cerrara una herida abierta con una cinta funeraria.

Y lo miró. Al padre. Directamente.

No tenía ojos. Solo dos cavidades negras, llenas de una oscuridad tan densa que parecía devorar la luz a su alrededor. Pero lo miraba. Y lo sabía. Y reía.

No con sonido, sino con presencia. Una risa sin boca, una risa que recorría las paredes, que vibraba en los huesos del padre, que le heló la sangre más que el frío de la cueva.

El espíritu que la poseía estaba ebrio de crueldad. Ciego de oscuridad. Saciado de dolor ajeno. Y en su burla, le ofrecía al padre la última visión que tendría jamás: su hija convertida en

su instrumento favorito.

Y así selló la nueva forma. La nueva dueña. La nueva prisión.

### Liberación Final

Ella recobró la voz. No temblaba. No rugía. Sus palabras eran suaves. Cálidas. Como cuando tenía diez años y lo despertaba al amanecer para ver el mar.

—Padre…

—¿Hija…? ¿Eres tú?

Ella dio un paso. Los hilos no se veían, pero el movimiento era falso. Perfecto, como una imitación divina.

—Tenías razón, padre… —¿Sobre qué? ¡Hija, por Alá, dime que sigues ahí!

Ella bajó la mirada. Y el padre vio sus ojos. Vacíos, tranquilos. Como un estanque antes de que alguien se ahogue en él.

—Sobre el pueblo. —¿Qué...? —He visto lo que viene. Calles limpias. Pan caliente. Gente viva. Niños… riendo.

El padre cayó de rodillas. Sus lágrimas eran barro. —¿De verdad? ¿Lo has visto? ¿Eso te mostró?

—Sí. Y puedo dártelo, padre. A todos. Solo falta una cosa.

—¿Qué… qué cosa?

Ella se inclinó. Le tomó las manos. Y por un instante, eran las manos de su hija. Pequeñas. Temblorosas. Llenas de sangre, pero tibias.

—Tu bendición. Solo eso. Dímelo, padre. Dime que estás orgulloso de mí. Como cuando pescamos aquel día… ¿lo recuerdas? El pez que bailaba.

El padre lloró con la fuerza de un hombre que se ha roto por

dentro. Y lo dijo. —Estoy orgulloso de ti, hija mía… Te quiero hija. Gracias, Alá… gracias por devolvérmela…

Y entonces vio la sonrisa. No era suya. No era humana. Era la máscara perfecta de la bondad, cruzada por una línea invisible de burla absoluta.

Ella alzó las manos. Sus pulgares se tensaron.

—Y yo también te quiero, padre… —dijo ella, con voz temblorosa, casi sincera.

Pero en la última palabra, su voz se quebró. Como si algo la desgarrara desde dentro. Como si la garganta se partiera entre dos voluntades.

Y entonces, otra voz —más profunda, más grave, una voz que no tenía garganta ni cuerpo ni compasión— terminó la frase desde el fondo de su cráneo:

—…por eso serás el primero en ser libre.

Y le arrancó los ojos.

Otro relámpago, y el Djin tocó los hilos.

La muñeca maldita en que se había convertido su hija se abalanzó sobre él. Lo derribó con la fuerza de una marioneta poseída. Y sin ceremonia, hundió ambos pulgares en sus ojos.

Los párpados no ofrecieron resistencia. Los globos oculares estallaron entre crujidos húmedos. El hombre aulló. La criatura empujaba más y más, retorciendo los dedos dentro de las cuencas, hasta arrancar aquello que le impedía ver.

El padre solo suplicaba la muerte.

Y así lo sintió.

Sintió las manos antes que el rostro. Los pulgares. Entrando como cuchillas calientes, rompiendo piel, aplastando nervios, profanando la oscuridad más íntima. El mundo se volvió rojo.

Luego negro. Luego nada.

Gritó. O creyó gritar. Ya no sabía si tenía boca. Ya no sabía si tenía rostro. Solo sabía que algo —alguien— lo estaba deshaciendo por dentro.

Y entonces, el recuerdo.

Unos meses antes. Antes del hambre. Antes de la cueva. Antes del fin.

Ella reía. Corría por la arena mojada con los brazos extendidos, persiguiendo gaviotas bajo el cielo de Albufeira. Tenía el lazo azul en el pelo y un pez aún vivo entre las manos. —¡Míralo, padre! ¡Está bailando!

Y él reía también. Porque aún no sabían que el mundo iba a acabarse.

Ese instante —el último verdadero— estalló dentro de su cabeza justo cuando oyó su voz, la voz que ya no era suya: —Ahora puedes ver, padre…

Y lo vio. O creyó verlo. Un fulgor blanco. Como un sol sumergido en sangre. Como una corona hecha con los restos de todo lo que había amado.

Entonces, el tajo. Rápido. Silencioso. Definitivo.

Sintió la piedra cortarle la garganta. Sintió la sangre brotar, caliente, viva. Sintió sus labios —los de ella— lamerlo.

Y supo, por fin, que no quedaba nada. Ni hija. Ni libertad. Ni cielo.

Solo ceniza.

La criatura le cortó el cuello de un solo tajo con un fragmento de piedra afilada. La sangre salpicó su rostro. Cálida. Sagrada. Viva.

Su voz se perdió en la caverna, como una oración devorada

por el eco.

Ella la lamió. De sus labios partidos. Y se inclinó sobre el cuerpo, gimiendo de placer, embarrándose los brazos y el pecho con sangre, como si se purificara en ella.

El demonio rugió en su interior. Triunfante.

Era libre. Ella era suya. Y el mundo no lo sabía todavía.

La joven recogió el ídolo con las manos ensangrentadas. Se irguió. Temblorosa. Los ojos brillaban con un fulgor enfermo.

La cueva ya no podía contenerla.

Avanzó hacia la salida, descalza, cubierta de sangre seca y lodo, la muñeca pegada al costado como un feto muerto.

El cielo de Albufeira no era un cielo. Era una herida abierta, un párpado desgarrado que lloraba sangre y furia sobre el mundo.

# Capitulo 3: El Paseo de la Muerte

### La Tormenta Eterna

Durante noventa días, la costa había sido un campo de batalla entre la tierra y el océano.

El viento, incansable y cruel, ululaba a través de las casas derrumbadas, arrancando tejas, puertas, almas.

La lluvia no caía.

Se clavaba en la piel como miles de agujas heladas, en torrentes que oscurecían el día hasta hacerlo indistinguible de la noche.

Los acantilados, ennegrecidos por la humedad y el salitre, se deshacían poco a poco, derramando piedras y lodo al mar,

como si la propia tierra tratase de escapar de la condena.

El mar, antaño compañero de pescadores y guardián de secretos, ahora era un monstruo desatado.

Cada ola rompía contra la costa con un estruendo que sacudía el suelo, escupiendo espuma sucia a decenas de metros de altura, arrastrando maderos, cadáveres, barcas y oraciones rotas.

No había amaneceres.

No había atardeceres.

Solo un gris enfermo y eterno.

La sal del océano flotaba en el aire, mezclada con la peste de la muerte, creando una película pegajosa sobre cada muro, cada calle, cada herida abierta.

Los pocos supervivientes caminaban encorvados, aferrándose a mantos raídos, con los ojos entrecerrados por la furia del viento, el barro cubriendo sus pies desnudos, como espectros que aún no sabían que ya estaban muertos.

Los caballos habían sido sacrificados por falta de comida.

Hasta las ratas habían sido devoradas.

Los niños no lloraban.

Habían olvidado cómo se hacía.

La tierra se abrió en grietas.

Los tejados colapsaron.

Los pozos se inundaron de barro y de cadáveres hinchados.

Albufeira era un moridero.

Un altar ofrecido al océano, esperando la última ola.

Y ahora, en el corazón de esa tormenta interminable, una figura emergió de las profundidades.

No era el viento quien la movía.

No era la lluvia quien la hería.

Era ella.

La joven.

La muñeca de ceniza.

La muñeca del demonio.

Y la tormenta, por primera vez en tres meses, pareció volverse a su favor.

La joven emergió de la cueva como un recién nacido maldito, envuelta en sangre y sal.

La bruma del océano la recibió, tragándosela en sus pliegues fríos.

La noche la recibió con un alarido de viento.

Bajó la colina hacia el Bairro dos Pescadores, donde la niebla cubría las silenciosas callejuelas.

Donde los últimos fuegos morían en chimeneas apagadas.

La matanza iba a comenzar. La danza había empezado. Y la música era el grito del mundo.

## El Anciano

Un anciano dormía en su camastro, envuelto en trapos húmedos,

en una de las casuchas desvencijadas junto a lo que hoy es la

parte baja de la Rua do Cemitério Velho.

Llevaba días sin comer.

Soñaba con peces, con vino caliente, con el canto de su mujer muerta.

Despertó tosiendo sangre.

No por la enfermedad.

Sino por el peso.

La joven estaba sentada sobre su pecho.

Ya estaba allí.

Inmóvil.

Inexpresiva.

Como si llevara siglos esperando que abriera los ojos.

Sus manos, frías como piedras de río,

se cerraron en torno a su cuello con una lentitud innecesaria.

No mataba por necesidad.

Mataba por el placer y el deleite de ver como una vida se apaga. Como se extingue una mirada. El djin saboreaba cada alma.

El anciano jadeó.

Movía los pies como un pez fuera del agua.

Buscaba aire donde ya no quedaba mundo.

La última imagen que sus ojos contemplaron fue tan cruel como imposible: una muchacha empapada de barro y sangre, atravesada por hilos invisibles que se tensaban desde el techo, como si alguien —algo— la moviera desde el cielo sin luz.

Pensó: “Esto es el mal.”

Y murió.

La joven se levantó.

Miró el cuerpo sin emoción.

Se acercó a la chimenea.

El fuego aún resistía, oculto en los troncos húmedos.

Metió la mano sin inmutarse.

Sacó un tocón encendido y lo lanzó sobre el camastro, como si ofrendara algo al infierno.

La tela ardió de inmediato.

Las llamas se elevaron como lenguas ansiosas y el humo comenzó a colarse por los tablones del techo.

El fuego, como la muerte, también había comenzado su recorrido.

Y la noche continuó.

La joven no corría.

No caminaba.

Se deslizaba.

Bailaba.

Como una marioneta sin música, una muñeca de lodo y sangre que danzaba al ritmo de un infierno que solo ella escuchaba.

Cada paso era un susurro que ni el viento se atrevía a llevarse.

Las casas comenzaban a arder tras de ella, convertidas en hornos de llanto.

El humo mezclado con el salitre cubría el cielo como una mortaja húmeda.

El aire sabía a ceniza y a desesperación.

### La Madre y la Maldición

En una casa situada donde hoy nace la Avenida 25 de Abril,

una mujer temblaba con su hijo entre los brazos.

Se había encerrado en la cocina,

con las manos sangrando por mantener la puerta atrancada.

Repetía oraciones que nadie escuchaba.

Suplicaba.

Prometía cosas que ya no tenían valor.

La puerta no cayó.

Fue arrancada.

De un solo golpe.

Como si la casa misma se rindiera.

La joven entró.

Los pies descalzos no hacían ruido.

Pero el bebé dejó de respirar.

Como si lo supiera.

Sus ojos —negros, brillantes, vacíos—

fijaron a la madre.

Y sin palabras, sin amenaza,

se lanzó sobre ella.

El primer tajo fue horizontal,

limpio,

preciso.

El vientre se abrió como una fruta madura.

La mujer no gritó.

No tuvo tiempo.

Solo intentó cubrir a su hijo con los restos de su propia carne.

—Tus oraciones han sido escuchadas, ya eres libre —dijo la joven.

No era su voz.

Era un alarido de hueso y barro,

una carcajada hecha de miles de gargantas rotas,

una burla nacida del fondo de la tierra.

La sangre saltó contra las paredes,

resbalando como lágrimas lentas,

goteando del techo como una bendición al revés.

El niño rodó de sus brazos, llorando.

La joven sostuvo al bebé contra su pecho.

No con ternura.

Sino con una lentitud casi reverencial.

Como quien sabe que está sosteniendo un legado.

Lo miró a los ojos.

Y por un instante, el llanto cesó.

El niño no entendía,

pero algo en su carne

recordaría siempre esa noche.

El Djinn habló.

A través de su boca agrietada.

Con una voz que no nacía del cuerpo,

sino del fuego,

de la sangre,

del eco de los muertos.

—No.

No te mataré.

No hoy.

Tu destino será peor.

Tú serás el origen.

Todos los que nazcan de tu sangre…

si algún día pisan estas tierras malditas… morirán.

Morirán sin aviso.

Sin redención.

Sin saber por qué.

Porque esta tierra ya los espera.

Y yo estaré aquí.

Siempre.

El Djinn la obligó y la muñeca dejó al bebé en el umbral.

Fuera de la casa.

A salvo.

Luego regresó a la madre deshecha,

a los muebles ardientes,

al aire saturado de leche y miedo,

y con un leve empujón,

cerró la puerta.

Detrás, las llamas comenzaron a devorarlo todo.

El niño, fuera, lloraba.

Su llanto subía como incienso perdido

entre las ruinas del Bairro dos Pescadores.

Y sobre su frente,

invisible a los ojos de los hombres,

quedó escrita la condena.

### El Herrero

El herrero fue el único que la enfrentó.

Un hombre enorme,

de brazos como vigas y espalda cincelada de sal y martillo.

Vivía y trabajaba en una vieja forja al borde de la actual Rua 5 de Outubro,

donde el humo de su taller solía confundirse con el de los hornos de pan.

Había sobrevivido a la peste.

A los saqueos.

Al hambre.

A la muerte de sus dos hijos.

Y no pensaba morir arrodillado.

Cuando la vio llegar,

no rezó.

No suplicó.

Tomó un hierro aún al rojo de su yunque,

y esperó.

La vio aparecer entre la bruma.

Una joven, cubierta de lodo y sangre,

con los brazos colgando como trapos mojados.

Y los ojos apagados como carbones viejos.

Pero no era una niña.

Era la marioneta del djin.

Una figura guiada por hilos invisibles que temblaban con cada relámpago,

como si alguien —algo— la moviera desde el otro lado del mundo.

Él le gritó.

Le pidió que se detuviera.

Le dijo que no tenía miedo.

Ella no respondió.

Él la golpeó.

La hirió.

Un tajo limpio en el costado.

Pero no brotó sangre.

Solo un líquido espeso, negro,

rojizo como el óxido viejo.

No era sangre.

Era podredumbre.

Era lo que rezumaban los cadáveres de los dioses.

Ella se quebró,

y luego se recompuso.

Como si el golpe le hubiese recordado que tenía cuerpo.

Y entonces se movió.

Se deslizó tras él como una sombra húmeda,

le abrazó la espalda,

y apretó.

El herrero gritó.

Golpeó el suelo con los pies.

Pero los huesos comenzaron a ceder.

Crujió la columna.

Crujieron las vértebras,

una por una,

como ramas partidas por una mano lenta y cruel.

Él cayó.

Su cuerpo se dobló de forma imposible,

la cabeza girada hacia atrás,

la boca abierta como si quisiera pronunciar el nombre de un dios que no escuchaba.

La muñeca lo observó.

Inmóvil.

Sin emoción.

Luego siguió bailando,

con el crujido aún fresco,

como si acabara de pisar una rama seca en mitad del bosque.

## El Niño del Pozo

Un niño pequeño corría entre la niebla.

Descalzo,

los pies embarrados,

el pecho sacudido por sollozos que ya no sabían salir.

Escapaba del fuego,

del silencio,

del crujido inhumano que acababa de escuchar —

como si el propio mundo se hubiese roto por la mitad.

Fue el sonido de la espalda del herrero.

Eso lo detuvo.

Y entonces la vio.

Ella.

La joven.

El juguete oscuro.

De pie entre la niebla.

Inmóvil.

La cabeza ladeada,

el cabello empapado colgando como algas muertas.

Los hilos apenas visibles se tensaban con cada relámpago,

como si alguien la moviera desde el otro lado del cielo.

No lo persiguió.

Cantó.

Una melodía antigua.

Inocente.

Desafinada.

Una canción que jamás debió sobrevivir a la muerte.

“Ciérrate al día,

ciérrate al sol.

No habrá mañana,

no habrá perdón.

Bebe del pozo,

hunde el candor.

Duerme sin nombre,

duerme sin Dios.

Rinde tu aliento,

suelta el temblor.

Lo que has sido

ya eras ya no.

Llámame en sombras,

dame tu voz.

Y en tu silencio…yo seré tu.”

El niño se detuvo.

Temblaba.

La lluvia lo calaba hasta los huesos,

pero sus ojos estaban secos.

Se giró.

Y sonrió.

Una sonrisa torpe.

Rota.

Como si alguien le hubiese cosido la cara desde dentro.

Entonces lo vio:

el pozo.

En el centro de la calle,

cubierto de musgo y piedra vieja.

Aún existe hoy,

en una placita sin nombre, cerca de la Rua 5 de Outubro, bajo una losa de piedra que lo sella, encerrando su historia.

Ningún turista se detiene a escuchar el llanto eterno del niño.

El niño caminó hacia él.

Canturreaba.

Sus pasos eran ligeros.

Demasiado ligeros.

Se asomó al borde del pozo.

La canción cesó.

Solo por un segundo.

El silencio pesaba como un manto húmedo.

El niño giró la cabeza.

Y la miró.

Fijamente.

Sus ojos, grandes, abiertos,

no tenían miedo.

Solo una comprensión brutal, imposible para su edad.

Como si en aquella figura empapada y colgante,

hubiese visto a la madre que le faltaba,

o a la muerte que por fin le ofrecía descanso.

Y sonrió.

Le sonrió.

Como quien recibe una invitación íntima.

Entonces saltó.

No corrió. No dudó.

Saltó como quien regresa a casa.

Como si el pozo lo hubiera estado llamando desde siempre.

El golpe sonó hueco.

Como una risa que se ahoga.

Como un juego que se acaba.

Ella no se movió.

Solo bajó los párpados,

como si acabara de arrullarlo.

Y el pozo quedó allí.

Esperando otra canción.

### La Anciana

La anciana del mercado la vio acercarse.

Estaba sentada en la piedra del zaguán,

con los ojos apagados,

las manos temblorosas cerrando una bolsa vacía

donde antes llevaba salvia, ajenjo y espinas secas.

No gritó.

No corrió.

Se arrodilló.

Sobre los charcos,

en la curva estrecha de la actual Rua do MFA,

frente al puesto derrumbado donde antaño vendía raíces contra el mal de ojo.

Comenzó a rezar.

No por ella.

Por el alma de la criatura que venía.

La joven también se arrodilló.

Frente a ella.

A apenas dos metros.

Imitándola.

Reflejándola.

Burlándose.

Sostenía la muñeca de marfil rota,

ya empapada de sangre,

como si fuera un talismán invertido.

Sus hilos se agitaban suavemente,

como si la brisa los peinara con compasión.

La anciana levantó la vista.

Sus labios seguían moviéndose.

Y en sus pupilas turbias…

por un instante,

había amor.

La joven sonrió.

Y le hundió la muñeca en el cráneo.

Un golpe seco.

Una estaca de hueso en el hueso.

La anciana cayó hacia un lado,

como un saco vacío,

como un rezo sin respuesta,

como si el mundo mismo le hubiese dicho que no.

### El Imam

Más arriba, en la zona de la antigua Rua dos Telheiros,

en lo que quedaba de una mezquita medio derruida,

el Imam anciano la sintió llegar.

El viento agitaba su túnica húmeda.

La lluvia resbalaba por las páginas abiertas del Corán.

El edificio había perdido el techo,

pero no el eco.

Elevó el libro por encima de su cabeza.

Lo sostuvo con ambas manos,

como si fuese un escudo,

como si pudiera detener el invierno, el hambre,

o al mismo demonio.

—¡Alá es grande! —gritó.

—¡La fe es escudo!

¡La palabra, espada!

Ella cruzó el umbral sin detenerse.

La luz de un relámpago le dibujó la cara:

No era un rostro humano.

Era una máscara rota,

tirada en el lodo.

El Djinn sonrió desde su interior.

Y el imam vomitó sangre.

No por un golpe.

No por una herida.

Sino por la presencia.

Sus pulmones se marchitaron de golpe.

Su corazón colapsó bajo el peso del vacío.

El libro cayó.

El cuerpo lo siguió.

Ni siquiera hubo contacto.

Solo fue visto.

Y se quebró.

Antes del alba,

quedaba uno más.

### El Escriba

Un joven.

Un aprendiz de escriba,

oculto desde la primera noche de hambre,

viviendo entre rollos húmedos y mapas a medio trazar.

Se encontraba en una casa baja,

semi hundida,

justo en una curva sombría de lo que será la calle Travessa dos Arcos,

a pocos pasos de donde se cruzarán la Rua Latino Coelho y Maria da Conceição Elói.

Pensaba que la noche había terminado.

Que el horror ya se había marchado con la lluvia.

Abrió la puerta.

Y la vio.

Ella estaba allí.

De pie bajo el farol agonizante,

con el barro aún pegado a los tobillos

y la muñeca de marfil colgando como un feto seco en su costado.

No huyó.

No gritó.

Solo empezó a reír.

La risa del djin usaba su boca.

Pero lo hacía con ritmo humano.

Como si una niña recordara un chiste contado justo antes de morir.

Avanzó hacia él.

Ya no danzaba.

Avanzaba como quien ha firmado su manifiesto de muerte

y busca el último punto final.

El joven cayó de rodillas.

No suplicó por la vida.

Solo murmuró:

—No dejes que me olviden…

Ella le acarició el rostro con una ternura inhumana.

Luego, sin aviso,

le hundió los dedos en el abdomen,

abrió su cuerpo como si desenrollara un manuscrito,

y escribió.

Un símbolo.

Trazado con sangre,

con vísceras,

con dolor.

Un espiral cerrado con una cruz rota.

Un sello del Djinn.

Una promesa.

Una burla.

Cuando el cuerpo cayó al suelo,

aún parecía murmurar palabras sin boca.

Y entonces, sí,

el amanecer.

### La Mañana Roja

La niebla se volvió roja.

Las calles parecían ríos de carne mutilada.

Los gritos murieron pronto.

Los cuerpos quedaron tirados, enroscados como muñecos rotos.

Las puertas abiertas.

Las lámparas cayendo una tras otra, apagándose en la bruma.

La joven caminó entre los muertos, manchada de sangre seca y barro, abrazando su muñeca rota contra el pecho.

Su cabello ondeaba como algas en un océano invisible.

El Djinn cantaba dentro de ella, un coro de voces sin lengua que se alimentaba de todo el horror que causaba.

Tras haber segado el alma de todos los pobres incautos que se encontraron en su camino se detuvo al final de una calleja donde van a converger la Rua Latino Coelho y Rua María da Conceição Elói, donde el amanecer comenzaba a teñir el

horizonte de un rojo pútrido.

El mar, encabritado, lanzaba su espuma contra los acantilados, intentando devorar el horror que había escapado.

La joven sonrió.

Sus ojos, dos carbones apagados, contemplaban el nuevo día.

La Sexta Mañana había llegado.

# Capítulo IV: Amanecer en al-Buhera

## El Despertar del Silencio.

El silencio inundaba todo el pueblo.

Las calles se enroscaban como víboras entre las casas encaladas,

subiendo y bajando la colina que miraba al mar.

Caminos vacíos, desiertos de polvo, barro y humo.

Calles estrechas como hendiduras que hoy lucen carteles a sus entradas:

Rua Latino Coelho, Rua da Bateria, Travessa do Rossio.

Nombres que entonces aún no existían, pero ya estaban allí,

dibujados en piedra y tierra.

Las casas, muchas de una sola planta,

tenían los tejados planos y muros gruesos,

vestigios de la arquitectura morisca,

pensadas para resistir el calor, no los asedios.

Portones de madera, algunas celosías rotas.

Había sábanas colgadas que no secaban.

Calderos volcados.

Peces podridos en cestas abandonadas cerca de lo que hoy conocemos como Rua 5 de Outubro,

una vía que descendía serpenteante hasta el mar,

como si huyera también.

Desde la antigua fortaleza sobre la colina —

lo que siglos después sería el mirador del castillo—

la ciudad se veía como un cuerpo en descomposición:

el casco viejo era su vientre,

la playa su garganta abierta.

El mar, oscuro y quieto, esperaba.

Y en su centro, como una úlcera encendida,

todavía ardía algo.

No el fuego.

No los cadáveres.

Sino él.

**El Vacío**

El djin.

Aún dentro de ella.

Aún saciado.

Se vanagloriaba del festín.

Empachado de sufrimiento y muerte.

Había bebido y comido del miedo, del odio, de la carne.

Había hecho con la chica lo que quiso.

La convirtió en verdugo, en espectro, en bestia.

Y ahora, no quedaba nada. Había terminado de jugar con ella.

La ciudad moría.

Los últimos gritos se extinguían como brasas mojadas.

Y en la lejanía, entre ruinas y ceniza,

se oían los pasos de los nuevos amos.

—La ciudad es libre… —susurró el Djinn desde dentro.

—Ya está hecho.

Entonces, ella cayó de rodillas.

No por un golpe.

Sino por el vacío.

Sintió cómo salía de su cuerpo.

No con violencia.

No con gloria.

Sino como un aliento espeso,

como una serpiente de humo

que se deslizaba por su garganta,

dejando frío,

dejando eco,

dejando nada.

Una sombra se alzó detrás de sus ojos.

La última.

Y desapareció.

La dejó sola.

Completamente sola.

Por primera vez en semanas, su mente volvió a ser suya.

Y lo que encontró allí la rompió más que cualquier demonio.

Cadáveres.

Cuerpos.

Ojos abiertos.

Niños.

El hedor del hierro,

la piel rota,

los dedos aferrados a nada.

Y voces.

Voces que no se callaban.

Que no se callarían nunca.

—¿Qué he hecho? —susurró,

pero no había nadie para oírla.

Solo el barro bajo sus pies

y el retumbar de los cascos,

cada vez más cerca.

Se puso en pie torpemente.

Intentó gritar.

Intentó explicar.

Intentó defenderse.

Cayó de nuevo sobre sus rodillas, solo sentía soledad y dolor.

Pero ya no era demonio.

Ya no era amenaza.

Era solo una muchacha,

con barro en el rostro,

sangre en las manos,

y la mente rota como una vasija maldita.

Y entonces llegaron ellos.

## La Llegada de los Soldados

No había trompetas.

No había cruces.

Solo el retumbar de botas,

el jadeo de los caballos,

y el brillo del metal bajo un sol pálido.

No eran los primeros.

No eran los mejores.

Eran lo peor por inexperiencia o por exceso de veteranía.

Eran los que quedaban.

Los olvidados.

Los que llegan cuando ya no hay gloria que repartir.

Veteranos viejos con la mirada muerta.

Jóvenes reclutas con la mirada limpia… por ahora.

Entre ellos, iba Martín.

Diecisiete años.

Jamás había matado,

pero lo deseaba con una mezcla de miedo y orgullo.

Mientras descendían por la que se convertiría algún día en Rua do Município,

Martín notaba que algo no encajaba.

Demasiado silencio.

Demasiada quietud.

Era como caminar por el interior de una herida infectada.

Y entonces vio la primera figura:

una joven.

De rodillas.

Sola.

El cabello negro enmarañado, las manos temblorosas,

una sombra detrás de unos ojos que no parecían humanos.

No gritaba.

No suplicaba.

Solo estaba allí.

Como si los hubiera estado esperando.

Uno de los veteranos la señaló con la barbilla.

—Esa está viva —dijo.

Y todos entendieron lo que significaba.

Martín no se movió.

Vio cómo los otros se acercaban.

Cómo ella permanecía inmóvil.

Cómo el aire mismo pareció pudrirse.

No fue rápido.

Ni heroico.

Fue metódico.

Levantaron y condujeron a empujones hacía dentro de una casa derruida a la chica que aún luchaba por intentar recomponer su mente rota y reconstruir el puzzle terrible y macabro en el que se habían convertido sus recuerdos.

Ella no intentó hablar.

Ella no intentó explicar nada.

Ella no intentó defenderse.

Ella solo lloraba en silencio.

Estaba totalmente perdida su locura.

Un golpe la arrojó al suelo.

Otro le rompió los labios abriendo una profunda brecha que

sangraba abundantemente.

Una bota le hundió el pecho.

Después, las manos.

Manos ásperas, sucias, impacientes.

Manos que no tocaban a una mujer, sino a algo. Algo que ya no sentía. Algo que no gritaba.

La despojaron de todo.

De sus harapos rotos y ensangrentados.

De su nombre.

De sí misma.

Y ella cayó.

No por los golpes, sino por la certeza —abrumadora, aplastante— de que nada la iba a salvar.

El djin la había abandonado pero ella seguía siendo muñeca, marioneta, seguía sin poder tener voluntad ni decisión.

Uno tras o otro se sucedían en otro juego terrible más que la muñeca debía soportar, mientras uno se abrochaba los pantalones, otro se reía caminando hacia ella desabrochando los suyos. Al final se apagó… su mente no pudo soportar más dolor y se sumergió en los únicos recuerdos felices que tenía

—Ya no llora —dijo alguien.

—Sabía que algo de carne aprovechable quedaría —dijo otro bromeando ya satisfecho con uno de sus compañeros que aguardaba turno.

Pensó en su padre, en los días de sol, en el lazo azul que llevaba en el pelo cuando era pequeña.

Luego ya no pensó nada.

Cuando se cansaron, la dejaron allí.

En silencio.

En el barro.

En la sangre.

Y ella se quedó quieta, tan quieta que por un instante pareció que el mundo también se había detenido.

Él no entró.

Solo se quedó junto a la puerta,

con la espada envainada,

el rostro rígido

y las tripas enredadas.

Cuando el último salió, se detuvo junto a él.

Pantalones aún sin abrochar.

Sangre en los nudillos.

Sonrisa torcida.

—Ahí la tienes si te apetece chico. Está calentita todavía, aprovecha lo que queda.

Y se marchó.

Martín tragó saliva.

No respondió.

No lloró. entró.

No dijo nada.

No gritó.

No desenvainó.

Solo se quedó allí, de pie,

mientras la luz del amanecer se filtraba

por los huecos de un techo medio derrumbado.

Y la vio.

Ella estaba tumbada sobre la tierra,

inmóvil.

El barro la cubría hasta los hombros,

la ropa raída y destrozada por los soldados dejaba ver su cuerpo magullado desnudo,

la espalda rota en mil líneas.

La sangre seca le dibujaba un mapa sobre la piel.

La muñeca colgaba aún de su mano,

como si un niño hubiese soltado el juguete antes de morir.

Sus ojos estaban abiertos.

Pero no miraban nada.

No parecía viva.

Tampoco parecía muerta.

Solo… abandonada.

Martín sintió que algo en su estómago se quebraba.

Y giró sobre sus talones.

Salió del umbral a trompicones.

Se dobló.

Y vomitó,

con un sonido hueco y desesperado,

sobre el barro aún caliente por el sol naciente.

Fue entonces cuando lo vio.

El lazo.

Había caído allí.

En la entrada.

Pequeño.

Retorcido.

Ya no era azul.

Era un tono gris violáceo,

como la ceniza mojada,

como un pétalo marchito,

como un resto de algo que fue hermoso antes de ser pisoteado por el mundo.

Martín lo recogió.

Las manos le temblaban.

Y al extenderlo…

vio la inscripción,

bordada con hilo ya deshilachado,

apenas visible con la luz inclinada del sol.

“Para mi luz, Mariam — Que nunca se apague tu risa. — Padre”

Se quedó inmóvil.

Leyendo.

Releyendo.

Como si las palabras le dolieran en la garganta.

Como si alguien las hubiera escrito justo para él.

Volvió a entrar.

Despacio.

Cada paso era una súplica muda.

Se arrodilló a su lado.

No se atrevía a tocarla.

Pero lo hizo.

Con cuidado.

Con miedo.

Con un amor que no tenía derecho a existir.

Le apartó el cabello, aún húmedo,

enredado,

ensangrentado.

Y le ató el lazo sobre una de las sienes,

como si tapara una herida.

—Perdón… Mariam, espero que en la muerte encuentres el descanso —susurró,

Ella pareció intentar moverse pero no lo hizo, su cuerpo no le respondía no fue más que un eco de su mente al escuchar el nombre que tuvo antes de ser un juguete roto.

No respiró.

Pero una ráfaga leve,

demasiado leve para ser viento,

pasó entre los dos.

Y por un instante,

Martín creyó escuchar algo.

Un canto muy, muy antiguo.

O el eco de una niña que, alguna vez,

había corrido por la playa… con un pez entre las manos.

Y ella se quedó quieta, tan quieta que por un instante pareció que el mundo también se había detenido. El joven soldado se marchó ante la llamada de sus compañeros, ya nunca olvidaría esa escena.

Los soldados terminaron por saquearlo todo.

Casa por casa.

Tumba por tumba.

Se llevaron vino, mantas, pan mohoso,

y los últimos objetos de valor que aún colgaban de cuerpos sin nombre.

Quemaron lo que no entendían.

Violaron lo que no se defendía.

Y luego montaron su campamento

a las afueras del pueblo,

donde el hedor era más llevadero,

y la culpa no podía tocarles los talones.

Nadie volvió a preguntar por la chica.

Nadie quiso mirar hacia atrás.

Pero ella aún estaba allí.

## El Regreso

Tendida sobre la tierra,

abandonada en una esquina del viejo centro medieval de lo que sería conocido como Albufeira,

con los ojos abiertos

y el cuerpo todavía tibio.

No era odio lo que la sostenía.

Tampoco fe.

Solo algo oscuro y antiguo,

una voluntad enterrada en los huesos,

una cuerda invisible que tiraba de su carne rota.

Comenzó a arrastrarse.

No podía caminar.

Las piernas no eran más que peso muerto.

Pero los brazos…

los brazos tiraban con una obstinación que no le pertenecía.

Rasgó la piedra.

Se abrió la piel.

Se dejó jirones de alma en cada palmo.

No sabía por qué.

No recordaba qué buscaba.

Solo sabía que debía regresar.

A la cueva.

Al principio.

Al nido del horror.

La costa le rugía desde lejos,

como una madre que maldice y llama al mismo tiempo.

Y ella obedecía,

como un animal moribundo que conoce el camino al matadero.

Tardó horas.

Tal vez toda la tarde.

El sol comenzó a hundirse en el horizonte,

manchando el cielo con tonos de fiebre:

rojos sucios, naranjas pálidos,

el color exacto que tiene el hierro cuando va a oxidarse.

Cuando llegó al borde del acantilado,

la cueva estaba allí.

Abierta.

Silenciosa.

Oscura como la boca de un dios muerto.

Ella no entró.

No tenía fuerzas.

Solo logró arrastrarse hasta quedar

a unos metros de la entrada,

con el pecho apoyado en la roca,

las manos aún intentando avanzar.

Pero ya no podía.

Allí murió.

No con un grito.

No con una visión.

Solo con un suspiro largo,

como si la tierra le pidiera perdón

pero… No hay consuelo para un alma tan rota como la de aquella chica.

El lazo —sucio, rasgado, ceniza y sangre—

aún estaba enredado en su cabello.

El viento lo levantó apenas una vez,

como si quisiera decir adiós.

Y justo antes de que el sol desapareciera por completo,

una última ráfaga de luz le tocó el rostro.

La reconoció.

La nombró.

Y se apagó.

# Capítulo 5: Amanecer en al-Buhera

## El Enterrador.

Una semana después.

Los cristianos habían tomado Albufeira.

Los templos quemados.

Los cadáveres olvidados.

Los hombres ocupados saqueando,

los curas bendiciendo piedras rotas.

Y los muertos, esperando.

A la costa enviaron solo a uno.

El enterrador.

Gaspar, decían que se llamaba.

Silencioso.

Solícito.

Siempre con la capucha puesta y los ojos bajos.

La orden era sencilla:

“Entierra todos los cadáveres que encuentres”

Caminó en silencio bajo un cielo sin gaviotas.

El mar aún golpeaba, pero ya no amenazaba.

Era solo fondo.

Solo eco.

Y allí, entre barro, roca y sal,

la encontró.

El cuerpo de una joven.

Ya rígido.

Curvado hacia la cueva.

Como si hubiese muerto arrastrándose hacia algo que nunca alcanzó.

El lazo seguía atado en su pelo.

Gaspar se detuvo.

No habló.

No rezó.

No abrió la pala.

Solo miró.

Y entonces algo cambió.

## El Juguete Roto

De pronto el bueno de Gaspar sintió un dolor atroz y sus pupilas se dilataron.

Su cuello se giró con una suavidad antinatural.

El aire a su alrededor pareció contenerse,

como si no se atreviera a rozarle.

El enterrador se arrodilló junto al cuerpo. Sus ojos estaban completamente blancos.

Tomó del suelo la otrora muñeca maldita por el djin.

La acercó al rostro de Mariam.

Susurró palabras que nadie entendería.

Palabras hechas para almas rotas.

Y entonces, la muñeca habló.

Una voz surgió de su interior.

No de una garganta,

sino de un eco.

Una joven que había dejado de ser joven. La esencia de Mariam, su alma envolvió por completo la muñeca, extrañada seguía sin entender nada.

—No me lleves. No se quien eres.

No quiero ir con nadie.

Déjame aquí.

Gaspar sonrió, en una mueca de muñeco de trapo, realmente no era él, Gaspar ya no existía.

—No puedes quedarte aquí, Mariam.

Ya no eres tú.

Aquí solo queda carne.

Silencio. Solo el canto del mar y algunas gaviotas.

Un temblor.

Una conciencia que apenas se sostenía.

—Estoy rota —dijo la voz,

pero ya no parecía una súplica.

Ni siquiera una protesta.

Era solo un hecho.

Como decir “llueve” o “he muerto”.

El Juguetero se inclinó.

—Y por eso estoy aquí, me gustan los juguetes rotos.

La muñeca no respondió.

—¿Vas a curarme?

—No.

—¿Por qué? ¿Y qué harás conmigo?

No respondió con palabras.

Respondió con la verdad.

Extendió una mano larga,

y en el aire oscuro,

se abrió una visión.

No una ilusión.

No un recuerdo.

Sino el presente.

Exacto.

Frío.

Imposible de negar.

Mariam —o lo que quedaba de ella—

Observó a través de la muñeca, se vio a sí misma.

El cuerpo desnudo, rígido, sucio, torcido hacia la cueva.

Las uñas quebradas.

Las piernas ensangrentadas.

El rostro vuelto hacia el suelo.

La boca entreabierta como si hubiera muerto intentando gritar… o morder.

Y el lazo,

aún enredado entre sus cabellos enmarañados,

colgando como un juramento incumplido.

La muñeca lloró sin lágrimas.

Solo un crujido interno,

como madera que se astilla.

—No —susurró.

—Por favor, no me dejes así...

La visión la estremeció. No podía reconocerse en aquel desdichado cuerpo carente de vida, de piedad. Conocedor de la increíble crueldad del demonio y de los humanos.

Al cuerpo del enterrador le pasaba algo, parecía que la vida lo abandonaba a pasos de gigante, el pelo y las uñas se le iban soltando poco a poco del cuerpo. permaneció arrodillado ante el cuerpo sin vida de Mariam impasible ante su propia descomposición.

Con manos cuidadosas,

el enterrador deshizo el lazo del cuerpo.

No con prisa.

Con una delicadeza tan cruel

que parecía ternura.

Lo sostuvo frente a la muñeca.

Como si fuera a devolverle algo.

Como si aún tuviera sentido.

Y habló.

—Voy a llevarte conmigo, voy a darte un nuevo cuerpo.

Un cuerpo que nunca envejecerá.

—¿Dolor? —murmuró Mariam a la que aún le costaba usar más de 2 o 3 palabras en cada frase,

con una voz rota.

—No.

Memoria.

—¿Seré yo?

La voz en la muñeca era frágil.

Como si hablara por primera vez con cuerdas vocales de madera.

Como si las palabras dolieran al salir.

El Juguetero se detuvo.

Miró el rostro sin rostro de la muñeca en sus manos.

Y con voz serena, preguntó:

—¿Qué eres tú?

Un silencio.

Luego un suspiro, roto.

No un llanto.

Solo una grieta.

—No lo sé...

No recuerdo.

Sólo tengo imágenes borrosas que se pierden rápido.

Un charco, una risa, sangre…

Luego todo es dolor y oscuridad. Todos me hacen daño y yo les hago daño a todos.

No sé quién soy. –Parecía fatigada de tanto hablar

El enterrador acarició el lazo y el pelo del cadáver de Mariam y lo soltó con cuidado, aún así el cuerpo ya estaba en descomposición y una maraña de pelo y piel del cráneo se soltó fácilmente junto al lazo. El hombre lo sostuvo delante suya.

No para mostrarlo.

Sino como si fuera una llave.

—Eso es lo que yo te ofrezco, Mariam. –Dijo mientras le colocaba el lazo de nuevo.

Una nueva oportunidad de ser. De ser algo. De descubrir.

De existir sin que te borren otra vez.

De descubrir.

De existir sin que te borren otra vez.

Terminó de anudar el lazo al cuello de la muñeca como tiempo antes lo había hecho la propia Mariam.

El lazo tocó la muñeca.

Y esta vez la madera suspiró.

Mariam noto algo parecido a calidez en su garganta incorpórea. La muñeca ahora sí lloraba lágrimas negras.

—¿Será doloroso…?—Habló entre sollozos

—¿Después de todo lo que has sufrido aún temes al dolor, Mariam?. –Aquel a quien un día llamaron Gaspar sangraba por los ojos, la nariz y los oídos como si todo su interior se estuviera deshaciendo.

La muñeca guardó silencio.

El aire olía a sal, sangre y madera vieja.

Y durante un instante, nada se movió.

Entonces, con una voz sin convicción,

sin fuerza,

sin identidad siquiera,

la voz dijo:

—Sí. Iré contigo…

El “sí” fue apenas un susurro.

No tenía fuerza, ni esperanza.

Era un hilo de voz arrancado al abismo.

## V. La llegada

El Juguetero se inclinó.

Sin ceremonia,

sin solemnidad.

Solo con la eficiencia del que lo ha hecho muchas veces.

Tomó la muñeca vacía del djin, con el lazo anudado al cuello como una sentencia ya dictada.

Y la colocó sobre el pecho del cadáver de Mariam.

Se inclinó, ahora era la piel de su rostro la que caía marchita. La imagen de Gaspar era la de un muerto viviente,

su sombra cubrió el cuerpo de Mariam como un manto,

y con una voz que parecía no pertenecer a ninguna garganta humana, susurró:

—Nāgáh'thal emresh ana zûn.

La piedra se agrietó bajo sus pies.

El lazo tembló.

La muñeca exhaló.

Y las llamas nacieron.

No de leña.

Ni de aceite.

Sino del espacio entre las cosas vivas y las que ya no lo son.

El fuego la envolvió.

Primero el cuerpo.

Luego el aire.

Después el nombre.

No hubo olor a carne quemada.

No hubo gritos.

Solo un crujido suave,

como de tela rasgada en una habitación vacía.

Y cuando las llamas se extinguieron…

ya no estaba Mariam.

No quedaba carne.

No quedaban huesos.

Solo la muñeca.

Pero no era la misma.

Ahora tenía forma.

Exactamente la forma que tenía el cuerpo de la pobre y dulce Mariam antes de morir.

Los brazos torcidos,

la columna ligeramente curvada hacia atrás,

la boca cosida con hilo grueso,

las manos demasiado delgadas,

como garras de porcelana agrietada.

Los ojos desiguales:

uno pintado, casi humano,

el otro quemado, sin pupila,

como una cuenca ciega que aún recordaba el mundo.

El lazo seguía ahí.

Ahora ya no azul.

Ni gris.

Sino del color exacto que dejan la sangre seca y el barro cuando ya no pueden limpiarse.

Y en el rostro deformado de la muñeca,

una mueca extraña.

No de paz.

Tampoco de sufrimiento.

Era una pausa.

Una respiración entre dos horrores.

Una máscara que parecía decir:

“Por ahora… descanso.”

El Enterrador la recogió.

Con la misma delicadeza con la que se recoge un copo de ceniza que aún conserva calor.

La sostuvo entre sus manos como si temiera que se quebrara.

Pero no por fragilidad…

sino por lo que significaba.

Con un paño negro bordado en símbolos que no conocía ningún hombre,

limpió lentamente el polvo y la sangre reseca del rostro de la muñeca.

No con ternura,

sino con el respeto de un artesano que sabe que la materia ya ha sido consagrada.

Que ya no está limpiando madera.

Está tocando historia.

Sufrimiento sellado.

Memoria viva.

Después la envolvió.

Primero el torso.

Luego los brazos.

Después la cabeza.

Como quien cubre un cadáver antes de enterrarlo.

O como quien envuelve un regalo que nunca será abierto.

Porque eso era Mariam ahora.

Un secreto.

Una cicatriz con nombre.

Una oración que nadie se atrevería a pronunciar dos veces.

Un nuevo juguete.

Y entonces, sin prisa,

sin ruido,

el enterrador diabólico desapareció.

No caminó.

No se desvaneció.

Simplemente ya no estaba.

Como si el mundo solo le prestara espacio mientras trabaja.

Porque Mariam —o lo que quedaba de ella—

ya tenía casa.

Ya tenía cuerpo.

Y ya tenía dueño.

No volvería a sangrar.

No volvería a temer.

No volvería a dudar.

Porque ahora era parte de algo mayor que ella.

Una nota más en una sinfonía de horror de alguien a quien aún no conocía.

Una joya en su teatro de muñecas y marionetas.

Una historia que no se borrará.

Y aunque el mundo olvidará su nombre original…Aún quedan muchos por conocer a la muñeca en la que se había convertido por toda la eternidad.

## Capítulo 5: El silencio tras la historia

05:59h – Bar sin nombre, Albufeira

Silencio.

El tipo de silencio que no viene del cansancio, ni de la noche, ni del alcohol…

Sino de las palabras que pesan más que la realidad.

Nuno no dijo nada más.

No hacía falta.

Se recostó contra la barra, encendió un cigarro sin encenderlo, y simplemente se quedó mirando hacia ninguna parte.

Luisa tenía la vista clavada en el vaso. No bebía. No parpadeaba. Solo apretaba los labios como si intentara no llorar o no gritar.

Pedro sentía algo que no conocía:

No era miedo.

Era una mezcla de desasosiego, pena y una punzada de vértigo, como si al escuchar la historia le hubieran quitado algo… algo que no sabía que tenía.

—No era una leyenda, ¿verdad? —dijo en voz baja, casi para sí mismo.

Nuno no respondió.

Luisa tampoco.

Pedro se levantó despacio. No estaba borracho, pero sus piernas le dolían como si hubiese corrido toda la noche.

Pagó lo que debía —o lo que creyó que debía—, dio las gracias en voz apenas audible, y salió del bar sin mirar atrás.

La madrugada aún no había cedido al alba.

Pedro caminaba con las manos en los bolsillos, sintiendo cómo el eco de la historia de Nuno se le enroscaba en la columna como una enredadera fría. Las calles de Albufeira estaban más silenciosas que nunca. Ni un coche. Ni un alma. Solo el rugido distante del mar rompiendo contra los acantilados como un lamento que no acababa.

Solo el sonido lejano del mar.

Y algo más.

Una nota aguda.

Lejana.

Como el chirrido de una cuerda tensa que se afloja lentamente...

Volvió a mirar el móvil.

Sin cobertura.

Sin mensajes.

Guardó el teléfono, tragó saliva y siguió caminando, sin saber aún que la historia no había terminado.

Solo acababa de empezar.

Rua Latino Coelho se tragaba la luz. La linterna del móvil apenas alumbraba el suelo. Cuando llegó al portón del patio, se detuvo. Sintió la humedad en el aire más densa que antes, como si lo esperara algo que aún no se había mostrado.

Metió la llave, giró, empujó la verja.

Nada.

Solo el chirrido metálico.

Entró.

La casa olía a cerrado, a humedad agria y yeso antiguo. La bombilla del recibidor tardó dos segundos eternos en encenderse. Al fondo, la puerta del sótano seguía cerrada. O eso pensó. Porque algo parecía distinto. El picaporte… ¿estaba en esa posición antes?

Era de latón envejecido, con forma de lágrima invertida, corroído por los años hasta parecer un trozo de hueso viejo. Se sostenía inclinado hacia abajo, como si alguien —o algo— lo hubiese presionado recientemente pero no del todo. Una gota de humedad colgaba de su extremo, temblando sin caer, como si el tiempo mismo se hubiese detenido justo ahí.

Pedro no lo recordaba así.

Y eso bastó para que un nudo se formara en su estómago.

Se obligó a ignorarlo.

Fue al baño. Se lavó la cara. Agua fría. Muy fría.
El baño era angosto, con azulejos amarillentos que alguna vez fueron blancos. El espejo, rajado en una esquina, devolvía su imagen con un leve desfase, como si alguien más lo mirara desde el otro lado. Un zumbido sordo venía del extractor encajado en la pared, cubierto de polvo y telarañas. El grifo goteaba aunque estaba cerrado. Y debajo del lavabo, la madera del mueble estaba hinchada… como si algo dentro respirara.

Volvió al salón.

Y entonces lo escuchó.

**Un golpe.**
Seco.
Desde abajo.

No fue un crujido de madera ni una tubería vieja. Fue **algo**

**cayendo** .
Algo pesado.

Pedro se quedó inmóvil.

La puerta del sótano seguía cerrada. Pero el aire que se colaba por debajo era más frío que antes, y traía un olor húmedo... como tierra recién removida.

Fue a la cocina. Cogió un cuchillo. Una estupidez. Lo sabía. Pero lo hizo igual.

La cocina era apenas una sombra de sí misma: dos fogones oxidados, una campana que colgaba torcida como un cuello roto, y un frigorífico pequeño que murmuraba con voz de máquina vieja. El suelo de terrazo tenía manchas que no se iban, y el fregadero albergaba restos de óxido donde antes hubo brillo. Sobre la encimera, el cuchillo destacaba como un diente afilado en una mandíbula rota. Pedro lo tomó con manos temblorosas. El mango estaba tibio. Demasiado tibio.

Volvió al salón. La puerta seguía ahí. Cerrada. Silenciosa.

Y entonces lo vio:
una marca en el suelo.

Como si algo húmedo —agua, barro, no sabía— se hubiera arrastrado unos centímetros desde la rendija de la puerta hasta el centro del salón. Una línea curva, irregular… como el rastro de una muñeca arrastrada por los pies.

Pedro retrocedió. El corazón le golpeaba las costillas.

Dejó el cuchillo.

Fue al dormitorio.

Cerró la puerta.

Echó el pestillo.

Se sentó en la cama.

—No pasa nada. Solo fue una historia. Solo fue alcohol. Es sugestión. Es una casa vieja…

Pero el sudor en su espalda no mentía.
Ni el temblor en sus piernas.
Ni el leve sonido que creyó oír al otro lado del pasillo, como uñas arañando la pared.

Se metió en la cama sin desvestirse.
Se tapó hasta el cuello.

Y antes de cerrar los ojos, juraría haber escuchado un leve susurro, más tenue que la brisa, más fino que el polvo.

— ¿Quieres jugar… Pedro?

Una voz infantil. Lejana.

Como si viniera del hueco de la pared.

Como si siempre hubiera estado ahí, esperando.

Pero Pedro no abrió los ojos.

No quiso. No pudo.

Y así, se durmió con miedo. Como un niño se tapa hasta la cabeza, no para esconderse, sino para no ver.

Como si supiera —muy en el fondo—

que esa noche no estaba solo.

Que algo, en algún rincón del sótano,

había aprendido su nombre.

## Capítulo VI: El eco del pozo

Soñó con agua.

Oscura. Estancada. No un río, no un mar. Agua quieta que no reflejaba nada.

Y un niño.

Desnudo. Pálido. Sentado al borde de un pozo que no debía existir.

—¿Quieres verlo? —preguntó el niño, sin mover los labios.

Pedro intentó responder, pero no tenía voz. Ni cuerpo.

Solo flotaba, suspendido en un aire denso como aceite quemado.

El niño señaló hacia abajo.

Y entonces Pedro lo vio: el interior del pozo.

No había fondo.

Solo muñecas con distintas muecas de dolor. Cientos. Miles.

Flotaban. Hundidas. Algunas abrían los ojos al verlo. Creyó ver mover los labios a algunas de ellas, y de pronto lo escuchó de nuevo, y le heló la sangre al instante.

¿Quieres jugar?

Era la misma voz que había oído antes de dormirse.

El niño sonrió al escucharla.

Una sonrisa torcida.

Con demasiados dientes.

Y antes de que Pedro pudiera retroceder, el niño se inclinó y susurró:

—Nos veremos en la luz.

Y se dejó caer.

Pedro despertó con un grito que nunca salió de su garganta.

El sol atravesaba la cortina amarilla del salón como un bisturí pálido.

Todo estaba en silencio.

Demasiado silencio.

Hasta el viento parecía haberse detenido.

La casa olía a sal.

Y a algo más.

Algo… antiguo.

Pedro se incorporó.

Tenía la piel húmeda.

Y las manos temblaban, como si hubiera sostenido algo frío durante horas.

Se vistió sin pensar. Necesitaba salir. Caminar. Respirar.

El aire de la casa era denso, como si alguien más hubiera respirado allí toda la noche.

Al cruzar el umbral, la luz de la mañana lo cegó por un instante.

Y entonces lo oyó de nuevo.

Débil.

Lejano.

Pero imposible de confundir.

Una voz infantil.

Una risa.

Y una canción que se deshacía en la brisa:

*Ciérrate al día,*

*ciérrate al sol…*

Pedro se detuvo en seco.

La voz venía de unas calles más abajo. En dirección al pozo. Él no lo sabía. ¿Quién podría haberlo sabido? Nadie podría adivinar cuánto tiempo llevaba sellado.

El pozo que no estaba en los mapas.

El pozo que los turistas no ven.

El pozo que espera.

Pedro comenzó a caminar.

No sabía hacia dónde, no lo pensaba.
Solo seguía aquella canción que se deshacía al doblar cada esquina, como si el aire la masticara antes de dejarla pasar.
Pasos lentos, torpes.
Los pies pesaban.
El estómago, hueco.

La Rua Latino Coelho, tan estrecha de noche, ahora parecía aún más absurda con el sol apretado entre sus muros blancos.
No había nadie.
Ni un turista, ni un gato, ni una sombra que no fuera la suya.

El sol golpeaba con una intensidad absurda para enero.
El cielo era de un azul insoportable, perfecto, como una postal maldita.
Y sin embargo, el frío le mordía los nudillos,
le entraba por el cuello de la chaqueta como dedos helados.

El silencio era tan denso que podía oír su propia saliva al tragar.
Cada paso resonaba como un golpe seco sobre madera muerta.
Las casas parecían deshabitadas, sí, pero no abandonadas.
Como si esperaran.
Como si algo dentro de ellas estuviera agazapado, respirando al mismo ritmo que él.

La canción volvió,
más clara,
más cerca.

> “No habrá mañana,
> no habrá perdón…”

Pedro se frotó la cara.
Estaba sudando.
Pero tenía frío.
El sol quemaba.
Pero el aire era hielo.

Cruzó una calle que descendía hacia el mar, una que no recordaba haber visto la noche anterior.
La piedra bajo sus pies era vieja, irregular.
Manchada por algo que no era solo salitre.

Y entonces, empezó a oír pasos.

No suyos.
Otros.
A su espalda.

Se giró.

Nadie.

Solo la luz.
Solo el silencio.
Solo su aliento, temblando como un animal acorralado.

“Estás soñando”, se dijo.
Pero lo que le perturbaba no era el miedo.
Era la lucidez.

Todo se sentía… nítido.
Demasiado nítido.
Como en esos sueños en los que puedes contar los dientes de alguien antes de que te los arranque.

Siguió bajando.
Las calles se estrechaban.
El cielo se alejaba.
Los muros parecían inclinarse poco a poco sobre él, como si quisieran cerrar la tapa de un ataúd invisible.

Y entonces lo vio.

Una plaza sin nombre.
No estaba en Google Maps.
No estaba en ninguna guía.
Pero estaba allí.
Antigua.
Irregular.
Desierta.

Y en el centro…
el pozo.

Redondo.
Cubierto de musgo.
Sellado con una losa de piedra tallada con símbolos que no sabía si eran reales o si su mente los inventaba al mirarlos.

Pedro se acercó.
A cada paso, el mundo parecía afinarse.
Los colores eran más intensos.
El aire más espeso.
El zumbido del sol en su oído más agudo.

Y justo cuando estaba a un metro del brocal,
la canción terminó:
**Y en tu silencio…yo seré tú.**

La canción no acabó.

Cambió.

La melodía rota se volvió voz.
Voces.
Mil voces.
Jóvenes.
Frágiles.
Niños.
Mujeres.
Viejos.
Se iban fundiendo como cera derretida,
hasta que solo quedó una.
Una voz que no era humana.
Una voz que venía desde detrás de los siglos.
Desde detrás de los huesos.
Desde el abismo de la memoria.
**Y en tu silencio…yo seré tú.**

**Era ella.**

Mariam.

La última frase la susurró con su voz gélida directamente al oído de Pedro, pero él la sintió en todo el cuerpo.

Pedro cayó de rodillas.

Y entonces vio.

No el pozo.
No la plaza.
No el sol.

**La vio a ella.**

De pie.

En la cueva.

Su espalda arqueada.
Los ojos vacíos.
El cuerpo colgado de hilos invisibles que temblaban con cada relámpago,
como si el mundo mismo la estuviera manipulando.

La joven se movía.
No con voluntad.
Con obediencia.
Era un juguete.
Un cadáver animado con ternura brutal.

Los dedos del Djinn —largos, hechos de humo y venas muertas—
entraban en su carne como si la tejieran desde dentro.

Y Pedro, de pie frente a ella,
sabía que no estaba viendo un recuerdo.
**Estaba dentro.**

Sentía los crujidos de sus huesos.
Oía el grito que ella nunca pudo soltar.
Olía el barro, el miedo, la sangre seca.

Mariam giró la cabeza.
Sus ojos vacíos encontraron los suyos.

Y lo vio.

**Lo vio.**

A él.

A Pedro.

Y sonrió.

No una sonrisa de ternura.
Ni de odio.
Una sonrisa de **reconocimiento** .

"Ahí estás..."

"Tú."

Y entonces, la risa.

Suave.
Feliz.
De niño.

Desde dentro del pozo.

Pedro no gritó.
No huyó.
No pensó.

Y entonces miró.

Y deseó no haberlo hecho.

Porque allí abajo, donde no debía haber nada, lo vio.

Un niño.

Podrido.

Su cuello colgaba a un lado, como si algo lo hubiera roto desde dentro. La piel, reseca y gris, estaba cuarteada como barro tras una sequía. Tenía los ojos abiertos, pero uno se le había reventado y colgaba en su mejilla como una uva marchita. El otro —vacío, lechoso— miraba fijo hacia arriba. Hacia Pedro.

Sus labios estaban partidos en una sonrisa muerta. Negros. Hinchados. Como si se hubiesen podrido sonriendo.

La carne de su rostro se había desprendido en zonas, revelando fragmentos del cráneo como si alguien lo hubiera desenterrado a medias y luego lo hubiese devuelto al agua.

El torso estaba desnudo, cubierto de algas, y su piel pegada al hueso como papel mojado.

Y en sus brazos… se abrazaba a sí mismo.

Pero lo peor, lo que vació a Pedro por dentro como si lo hubieran abierto con un cuchillo, no fue la imagen.

Fue lo que vino después.

El niño… parpadeó.

Y sonrió más.

Con dientes negruzcos, torcidos, como astillas de madera podrida.

Y entonces, su voz.

Una voz clara, como una canción infantil arrastrada por la muerte:

"Y en tu silencio... yo seré tú."

## Capítulo 7: Todo Saldrá Bien (?)

Una mano. Tibia. Humana. En su hombro.

Pedro se giró como si despertara de un sueño profundo, temblando, con los ojos abiertos de par en par. La luz del día lo cegó brevemente, como si hubiese estado demasiado tiempo en un túnel.

—¿Pedro...? —era Luisa. La camarera.

Estaba frente a él, con una bufanda roja alrededor del cuello, el rostro pálido, pero era real. Pedro estaba seguro. Sus cejas fruncidas. Sus labios temblando entre la preocupación y el desconcierto.

—Estás helado. ¿Qué haces aquí? —preguntó ella, mirándolo como si se tratara de un niño que se ha perdido.

Pedro miró a su alrededor. La plaza. El pozo. La piedra vieja cubierta de musgo. No había niño. No había risa. Solo el frío. Solo el sol.

—Yo… no lo sé. Soñé. No. Lo vi. Estaba ahí. Estaba… —pero no terminó la frase. No podía. No debía.

Luisa se puso frente a él y le tocó la frente como si midiera una fiebre invisible.

—Vamos. Estás tiritando. Parece que no has dormido nada en toda la noche, te habrás quedado medio dormido y has tenido una alucinación. Te acompaño a casa, ¿sí?

Pedro asintió sin fuerzas. Se dejó llevar por ella, por sus pasos seguros, por su perfume tenue a lavanda barata, por su mano fría en la suya. Pero por dentro… algo seguía gritando.

Cruzaron calles vacías, estrechas, angostas como cicatrices. Todo parecía moverse en cámara lenta. Cada ladrillo parecía observar. Cada sombra parecía demasiado quieta.

En algún punto, Pedro sintió que las casas se curvaban hacia ellos. Que los balcones se inclinaban. Que la ciudad se había enterado de su presencia.

Y entonces llegaron. La verja de hierro oxidado. La fachada blanca y húmeda. El apartamento.

Luisa lo acompañó hasta dentro. Cerró la puerta tras ellos con cuidado.

Pedro fue a la cocina, mientras Luisa señaló su maleta.

—¿Eso es licor de Oporto? ¿Has traído *Ginjinha* ? —preguntó con una sonrisa pícara.

—Sí, pero no sé si te va a gustar —respondió él.

—Mi bisabuela decía que era mano de santo para calmar el alma. Aquí lo tomamos desde siempre. Mi familia ha vivido en Albufeira desde antes de que tuviera nombre.

Pedro sonrió y sacó la pequeña botella, oscura, con un sedimento denso en el fondo. Sirvió dos copas. Luisa las cogió con cuidado, como si fueran parte de un rito.

—A tu salud —brindó ella.

—Y a la tuya.

Bebieron. Rieron. Pedro encendió el móvil.

—Vamos a hacer un tour —dijo él, alzando la cámara con una sonrisa tonta.

Luisa lo siguió encantada. Fingieron ser presentadores de un canal cutre. Enseñaron la habitación, el baño, el rincón con libros mohosos y la terraza que daba a un callejón sombrío.

—Aquí las casas se construyeron unas sobre otras, ¿lo sabías? —comentó Luisa, tocando el marco de una puerta—. Por eso tienen tantos recovecos. Tantas escaleras que no llevan a ningún sitio. Mi abuela decía que eran caminos para los muertos.

Pedro la miró con una mezcla de inquietud y fascinación. Luego rió. Ella también.

Después del tour, Luisa le preparó una manta sobre el sofá y le acarició el brazo.

—Duerme. Te va a venir bien. No pienses tanto. Albufeira siempre abruma al principio.

Pedro asintió. Cerró los ojos. Y por primera vez desde que había llegado, se sintió tranquilo.

Cuando despertó, ya era tarde. El apartamento en silencio. Nada roto. Nada fuera de lugar. La luz del atardecer filtrándose cálida por la ventana.

Luisa había recogido un poco. Había dejado las copas en la pila. Un pequeño papel doblado descansaba sobre la mesa: “Estoy en el bar si necesitas algo. No dejes que Albufeira te atrape. —Luisa”

Sacó el móvil. El icono del WiFi seguía activo.

WhatsApp. Ni una respuesta. Ni una notificación. Nada.

Buscó la conversación con Alejandro. Empezó a escribir.

> *“Ya estoy bien. Ha sido una mañana rara.”*

Borró el mensaje. Escribió de nuevo.

> *“He conocido a una chica majísima en un bar. Luisa. Nos llevamos genial.”*

Adjuntó un selfie. Sonriendo, con los ojos aún húmedos. Envió otro. En la cocina. Luego en la habitación. Posando. Mostrando el piso. Se grabó brevemente riendo. Moviendo la cámara de un lado a otro mientras hablaba con alguien fuera de plano.

> *“Mira, Luisa y yo haciendo un room tour del Airbnb jajaja. Está todo bien. Te echo de menos 💗”*

Después dejó el móvil en la mesita. Se estiró. Se tapó con la manta.

Y durmió. Tranquilo. Sin sobresaltos. Por primera vez desde que llegó.

Nada se movió esa noche.

O eso creyó.

## Capítulo VIII: El regalo perfecto

Los días pasaron con una calma inesperada.

Pedro se adaptó a Albufeira como si siempre hubiera pertenecido allí. Amanecía tarde, bajaba a la playa con una libreta vieja en la mochila, caminaba descalzo sobre la arena fría y mojada, escribía frases sueltas que luego olvidaba, y comía en terrazas solitarias mientras veía a los pájaros robar migas de pan de las mesas vacías.

Se reencontró consigo mismo. Había dejado de buscar cobertura. Había dejado de mirar el reloj. Dejó de preocuparse por el eco de los mensajes sin respuesta. Se sentía, por primera vez en mucho tiempo, bien.

Pasaba las tardes en el bar con Luisa y Nuno. Se hizo decenas de fotos con ellos. Rieron, compartieron historias sin fantasmas. Luisa le enseñó a preparar ginjinha casera y Nuno le habló de viejos cuentos que ya nadie recordaba. A veces, Pedro simplemente se sentaba en la barra con una cerveza

Sagres y escuchaba el rumor de las olas mezclado con la música suave que salía del local.

El tiempo se mantuvo estable. Cielos abiertos. Días fríos pero luminosos. Y Pedro empezó a pensar que el pasado, todo aquel miedo, había sido solo un mal sueño.

El quinto día quiso comprar algunos recuerdos antes de volver a Lisboa. Al mencionar su intención, Nuno le recomendó una pequeña tienda al final de una calle empinada, medio escondida entre dos edificios descascarados cerca del mirador.

—Tiene de todo. Raro, antiguo… y caro —advirtió con una sonrisa.

Pedro subió hasta allí por la tarde. La tienda parecía fuera del tiempo: madera oscura, olor a barniz viejo y papel amarillento. Juguetes de hojalata, trenes oxidados, autómatas franceses. Una campanilla sonó al cruzar la puerta, pero nadie salió a atender.

Y entonces la vio.

Una muñeca.

Colocada con cuidado en una estantería de cristal. No destacaba por nada en particular… excepto por todo. Una muñeca morena, de tez oliva, ojos marrones enormes y brillantes. La piel de porcelana parecía tibia. El vestido era sencillo pero delicado, azul profundo con encajes blancos. Y en el cabello… un lazo. Viejo, deshilachado. Grisáceo. Como un hilo de niebla atrapado en una cinta olvidada.

Pedro se acercó como si algo lo llamara desde dentro del cristal.

—¿Cuánto por esa? —preguntó Pedro, justo cuando una mujer apareció desde el fondo del local.

Era pelirroja, de piel pálida como marfil y ojos verdes que no parecían mirar: parecían atravesar. Su belleza era imposible. Casi dolorosa. Como si no estuviera hecha para este mundo. Pedro sintió un calor extraño subirle por la nuca. No era deseo, no del todo. Era algo más primitivo. Más perturbador. Como si su cuerpo hubiera recordado algo que su mente aún no sabía.

Pedro, que nunca había sentido deseo por una mujer, se sintió repentinamente expuesto, como si sus pensamientos ya no le pertenecieran.

—¿Esa? Hmmm… —dijo la mujer, emergiendo del fondo como si no caminara, sino flotara entre las vitrinas—. No está en venta pero parece que has conectado con ella…

Su voz era un murmullo meloso, grave, con un acento indefinido. Cada palabra parecía recién salida de un sueño que alguien había olvidado demasiado deprisa.

Pedro sintió que algo dentro de él se contraía. No sabía por qué.

—¿Es para un regalo o es coleccionista el caballero? —preguntó ella, acercándose aún más. Sus ojos verdes eran como faroles encendidos en una niebla densa.

Pedro forzó una sonrisa, incómodo. Parpadeó, pero no rompió el contacto visual.

—Sí… no… Será para mi sobrina Clara. Le encantan las muñecas. Y esta… esta es perfecta.

—Perfecta… —repitió ella, con un deje de burla. Sus labios se curvaron, pero la sonrisa seguía sin tocar sus ojos. Lo miró como quien prueba el filo de una navaja antes de usarla—. Me alegra que la veas así.

Tomó la muñeca con lentitud, como si temiera despertarla. Sus dedos largos y pálidos la recorrieron con una caricia que no era humana. La limpió con un paño de terciopelo negro, frotando zonas invisibles, como si retirara algo más que polvo: una memoria, una culpa.

Pedro se quedó en silencio. Había algo ceremonioso en cada gesto de la mujer. Como si no estuviera vendiendo un objeto, sino entregando algo que no podía recuperar.

—Tiene ojos de verdad, ¿lo sabías? —susurró ella, sin mirarlo —. Hay muñecas que solo son muñecas… y otras, que no olvidan nada.

Pedro no supo qué contestar. Le pareció sentir que la tienda se oscurecía un poco.

Ella envolvió la muñeca en papel burdeos, con un lazo tan apretado como una advertencia. Y al dársela, sus dedos rozaron los de Pedro con una suavidad que quemaba.

El sol estaba descendiendo tras los tejados, tiñendo las calles de un oro enfermo, y en ese silencio tibio, Pedro juraría haber escuchado algo.

Una canción. Cantada muy bajo.

**“Duerme sin nombre, duerme sin Dios…”**

Se detuvo en seco. Miró hacia todos lados. Nada. Nadie. Solo el eco amortiguado de sus pasos.

Tragó saliva.

Apretó el paso.

Cuando llegó al apartamento, el aire parecía más denso. Como si el mundo supiera algo que él aún no había entendido. Entró. Cerró la puerta. Miró la muñeca. La dejó, sin pensar, sobre la cómoda frente al espejo del salón.

Se quedó mirándola.

Perfecta. Inerte. Impecable.

Pero había algo en sus ojos que no terminaba de cuajar con el resto del rostro. Como si observaran desde un lugar más antiguo que la madera.

—Una tontería —murmuró Pedro, y la apartó.

La guardó con cuidado en la maleta, envuelta aún en su papel burdeos. La cerró. Se duchó. Preparó la mochila para el viaje de regreso. Dobló la ropa. Recogió la cocina. Todo en orden.

Pero algo no estaba bien.

No lo sabía aún.

Esa noche, Pedro no saldría nunca más de ese apartamento.

Pedro se lavaba los dientes, inclinado sobre el pequeño lavabo del baño, cuando su móvil vibró. No una vez. Varias. Notificaciones encadenadas, como una avalancha inesperada.

Le escupió a toda prisa al grifo, se enjuagó y se secó la cara con brusquedad. Caminó descalzo hasta el salón. Cogió el móvil.

**"Alejandro 💌"**
17 mensajes. 3 selfies reenviados. Dos vídeos. Una llamada perdida.
Y luego…
Un mensaje corto:

> "Pedro, ¿estás bien? ¿Quién es Luisa? ¿Quién es Nuno?"
> "No hay nadie contigo."
> "En las fotos estás solo."
> "En los vídeos… solo se te oye a ti. ¿Qué coño está pasando?"

Pedro tragó saliva. Sintió como si el aire se espesara. Tecleó a

toda velocidad.

> “¡Estoy bien! ¡Son mis amigos! Estoy en el apartamento, mañana me voy. Todo va bien, te lo juro.”

El mensaje fue entregado. Visto.
Alejandro respondió al instante:

> “¿Qué apartamento? ¿Dónde estás exactamente?”
> “Estoy viendo todo, Pedro. Estás solo. ¿Estás seguro de que no estás… soñando algo?”

Pedro se tambaleó. Miró la cómoda. La maleta cerrada. El espejo. Todo parecía en orden, y sin embargo…

El móvil vibró de nuevo.
**Llamada entrante: Alejandro** 💝

Contestó.

—¡Alejandro! Estoy bien, te juro que estoy bien. Estás viendo las cosas mal. Es la conexión. El bar tenía poca luz, la cámara distorsiona. Luisa existe. Nuno también. Son reales. Estoy bien.

—Pedro, escúchame —la voz de Alejandro sonaba lejana, rota por interferencias—. Estás solo en todos los vídeos. No hay nadie más. ¿Estás bebiendo más de la cuenta?

—¡No digas eso! ¡No digas eso, joder! ¡No estoy loco ni borracho!

—Pedro… ¿Qué ves ahora? Dime qué ves. Dímelo.

Pedro se giró. Su reflejo. El salón. La maleta. Nada.

—Estoy en el salón. Todo está normal. Me voy mañana. Solo quiero dormir y que llegue pronto mañana para volver a verte.

Hubo un silencio. Una estática breve.

—¿Dónde dejaste la muñeca?

Pedro abrió la boca, pero no respondió. Alejandro no debía saber de la muñeca.

—¿Pedro…?

Y entonces, la línea estalló en un ruido blanco. Una estática. Luego… nada.

Sin servicio.

Pedro bajó lentamente el móvil.

La pantalla mostraba la última hora con cobertura:
**22:00.**
**Último mensaje visto: "Mañana hablamos, empieza la noche y va a ser brutal."**

Pedro se quedó quieto, como si el mundo se hubiera suspendido. ¿Cuándo había escrito aquello?

Entonces, desde la maleta cerrada, se escuchó algo.
Un roce.
Un golpe seco.
Como si alguien —algo— hubiera movido una pierna de porcelana.

Pedro no se atrevió a moverse. Ni a respirar.

Porque lo sabía.

La noche había comenzado.
Y no sería solo brutal.
Sería eterna.

Vibró el móvil.

Nuevo mensaje de número desconocido.
El icono de perfil era una silueta. Negra. Sin foto.

**MARIAM**
👧□□
**¿Ya jugamos?** 🎲👀

Pedro sintió que el corazón se le encogía.
Tecleó con manos temblorosas.

**Pedro:**
¿Quién eres?

**MARIAM:**
Tú ya me conoces.
Jugamos en el pozo. 🕳️
Jugamos en la historia. 📖
Jugamos mientras dormías. 😴
¿No te acuerdas? 

Pedro retrocedió un paso.
El móvil pesaba el doble.
El aire parecía más denso.

**Pedro:**
Esto no es gracioso. ¿Quién está detrás de esto?

**MARIAM:**
¿Detrás? 
¿Crees que hay algo detrás? 🎭

Un archivo adjunto apareció.
**Audio recibido.** 🔊

Pedro dudó. Pero lo abrió.
Una voz.
**La suya.**
Pedro, riendo. Haciendo el tour del apartamento.
**Solo.**
Y al fondo…
Otra voz.
Una niña.
**Cantando.**

♪
*"Duerme sin nombre,*
*duerme sin Dios..."*

Pedro cerró el audio.
Volvió a la conversación.
Otro mensaje entrante.

**MARIAM:**
No abras la maleta.
O sí…
Pero entonces no pares el juego.

Pedro dejó caer el móvil.
Cayó boca arriba en la alfombra, vibrando con otro mensaje entrante.

**MARIAM:**
**¿Quieres jugar?** 

Y en el silencio del apartamento,
la cremallera de la maleta
**empezó a moverse sola.**
**Zzzzzzt…**

## Capítulo 9: La maleta no estaba cerrada

El zumbido del móvil se apagó.

Pedro se inclinó hacia él, temblando. Lo cogió con dedos fríos,

sudorosos.

Otro mensaje.

MARIAM:

Estoy saliendo.☞📱

Y entonces la escuchó.

No dentro del teléfono.

No en su mente.

En la maleta.

Crrrack.

Un sonido como de huesos torcidos.

Como si la madera se partiera al respirar.

Pedro se giró lentamente.

La maleta no estaba cerrada.

La cremallera… estaba abierta.

Solo unos centímetros.

Pero suficiente.

Suficiente para que algo nuevo —y antiguo— despertara.

Una mano.

No de porcelana agrietada.

Sino de una cerámica oscura, tersa y pulida,

con el tono cálido de la arena tras la tormenta.

Su superficie brillaba bajo la tenue luz,

no como la loza… sino como una piel olvidada por el sol.

Perfecta. Impecable.

Demasiado viva para ser solo una muñeca.

Los dedos salieron primero.

Largos. Delicados. Con uñas esmaltadas de un rojo gastado que parecía sangre seca.

No era la muñeca rota.

Era la otra.

La que Pedro había comprado.

La nueva. La hermosa. La que no debía mirar al espejo.

Pedro retrocedió.

Un paso. Luego otro.

Tropezó con la esquina de la alfombra.

Cayó. No sintió el golpe.

Solo el sonido.

Tap. Tap. Tap.

Pequeños pasos.

Elegantes.

Medidos.

Como de bailarina.

Como si alguien —algo— ensayara desde hace siglos el arte de andar entre los vivos.

Pedro miró bajo la mesa.

Nada.

Y entonces, el espejo del salón la delató.

La vio.

No como muñeca.

Como algo anterior a toda inocencia.

Como un demonio que alguna vez fue humano.

Mariam.

Vestía un camisón blanco, húmedo, sucio,

ceñido al cuerpo como una mortaja pegada por la sangre seca.

La piel morena y tersa.

Demasiado viva.

Demasiado reciente.

Pero los ojos…

Negros. Abismales. Eternos.

Y su boca, cosida con hilo rojo.

No como castigo.

Como arte.

Como si la crueldad supiera bordar belleza en el silencio.

Ya no tenía hilos.

Ya no necesitaba que la movieran.

Era voluntad pura.

Era hambre disfrazada de recuerdo.

Y había elegido a Pedro.

Se arrastraba hacia él…

pero solo en el espejo.

Allí donde el velo entre el alma y la carne se vuelve más delgado.

Allí donde el pasado arde para quien se atreve a mirar.

—¿Recuerdas al anciano? —susurró Mariam desde los cristales.

Y apareció el cadáver:

un viejo chamuscado, colgado por hilos negros desde el techo.

El torso calcinado.

Los brazos colgando inertes.

Los ojos reventados.

La boca congelada en un grito que aún parecía arder.

Debajo, danzaba un muñeco de trapo, decrépito, con la piel de papel y la barba hecha de ceniza.

—Se apagó como una vela —dijo Mariam—. Y aún huele a miedo.

Pedro retrocedió, temblando.

—¿Recuerdas a la madre… y su carne como altar?

Y la madre apareció:

colgada de los tobillos, el vientre rajado de lado a lado, la piel abierta como un manto de carne.

Sangre seca le manchaba los muslos.

De su abdomen sobresalía una cuna pequeña, cosida con tripas.

A su lado, danzaba un muñeco que lloraba hilo rojo por los ojos.

Pedro gritó.

Por fin.

Un grito seco, como si hubiese estado atrapado en su cuerpo desde hacía generaciones.

Corrió.

Cayó.

Se arrastró.

La maleta crujía.

Ya no por fuera.

Por dentro.

Tap. Tap. Tap.

La muñeca…

Estaba en las paredes.

En los armarios.

En el techo.

Pedro alzó la vista.

Y allí estaba.

Mariam.

Perfecta.

Suspendida.

Los hilos invisibles vibrando como cuerdas de violín disonante.

La cabeza ladeada.

La boca aún cosida.

Los ojos mirándolo desde el otro lado de la infancia.

Pedro no respiraba.

Entonces, la voz volvió.

Pero esta vez, era su voz.

Desde el móvil.

Un video nuevo.

Grabado.

Recién enviado.

Pedro lo abrió.

Él.

En el salón.

Jugando con la muñeca.

Hablando con alguien.

Solo.

Riéndose.

Cantando.

“Ciérrate al día,

ciérrate al sol…”

Pedro no recordaba haberlo grabado.

La cámara giró.

Y en el último segundo del video…

La muñeca se giró.

Hacia el objetivo.

Sonrió.

Y dijo:

—Ahora… te toca mirar. 😬

El espejo estalló.

La luz se fue.

Y Pedro quedó solo.

O no.

Pedro se arrastró hasta una esquina del salón. El suelo frío. El aliento cortado. La espalda pegada a la pared como si así pudiera esconderse del mundo.

Sus ojos aún estaban clavados en el techo.

En los cadáveres.

En los muñecos.

En la madre colgada por los tobillos.

Y entonces lo entendió.

Los labios entreabiertos. El rostro retorcido por el grito congelado.

Era ella.

Luisa.

El mismo lunar junto al labio.

El mismo perfil.

La misma trenza que tantas veces había acariciado con los ojos mientras bebían licor en el sofá.

Pedro gimió.

No por dolor.

Por horror.

El horror de lo que su mente no quería aceptar.

—No… No, no, no… —murmuró, arañándose la piel del cuello, como si pudiera arrancarse la locura con las uñas.

Luisa no existía.

Nunca estuvo en el bar.

Nunca lo salvó en la plaza.

Nunca bebió con él en el salón.

Las fotos.

Los videos.

Las conversaciones.

Todo.

Era él solo.

Solo.

Y ella… ella era la madre.

La madre sacrificada.

La que imploró.

La que fue abierta como una ofrenda sangrienta.

La que cubrió al bebé con su carne rota.

Pedro se dobló sobre sí mismo. Las lágrimas le caían sin control. El estómago convulsionaba.

Vomitar.

Vomitar todo.

Los recuerdos.

La mentira.

La certeza de que nada había sido real.

Entonces sonó un susurro.

Justo detrás de él.

No palabras.

Un sonido húmedo.

Como leche podrida goteando en una superficie caliente.

Giró la cabeza.

Temblando.

La muñeca estaba sentada en el sofá.

El lazo aún en su cabello.

Las manos cruzadas sobre el regazo.

El rostro perfecto.

Los ojos vacíos.

Y ahí, justo en ese instante, Pedro supo lo que vendría.

Porque si Luisa no existía,

si todo había sido un engaño,

entonces él nunca había estado solo.

Nunca.

Pedro no se movía.

Ni un milímetro.

Su cuerpo estaba congelado,

pero la piel…

la piel quería huir.

Separarse.

Despegarse del hueso y salir corriendo.

La muñeca no decía nada.

Solo lo miraba.

Desde el sofá.

Desde el mismo lugar donde Luisa lo había cubierto con esa manta.

Con esas manos.

Con esas manos que ahora eran de trapo.

Pedro no lloraba ya.

Solo jadeaba.

El aire le llegaba a medias.

Como si el oxígeno fuera rehén de esa mirada.

Entonces… la cabeza de la muñeca se ladeó.

Y sonrió.

No con la boca.

Con los ojos.

Y desde las paredes…

otra voz.

Fina.

Lacerante.

Como si alguien rasgara su columna vertebral con un alfiler:

—¿Recuerdas al herrero…?

Pedro cerró los ojos.

No.

No.

Pero sí.

El aire se volvió hierro fundido.

El suelo vibró.

Y del techo, colgado por hilos negros, bajó el cuerpo de un hombre inmenso.

Los brazos como vigas.

El torso abierto en ángulo imposible.

La espalda rota hacia atrás.

Los ojos desencajados, aún llorando ceniza.

Muñeco y cadáver al mismo tiempo.

Una farsa.

Una reliquia.

Una advertencia.

El cuerpo descendía lento.

Con cada crujido de las cuerdas invisibles,

Pedro sentía cómo su mente se doblaba un poco más.

El muñeco del herrero se puso a bailar.

Sus pies golpeaban el suelo con violencia.

El cuello giraba de forma grotesca.

Y cada paso era una fractura que se repetía.

—Él sí que luchó —susurró Mariam desde todas partes—.

—Pero los huesos…

los huesos siempre se rompen.

La voz de Mariam era un susurro,

pero el crujido que vino después

fue un estallido seco.

¡CRACK!

Pedro gritó.

Un alarido salvaje, animal,

reventando el aire del salón.

Se desplomó.

Sus tobillos.

Ambos.

Retorcidos en ángulos imposibles.

Como ramas quebradas.

Como si unas manos invisibles —manos de niña, manos de hilo—

hubieran apretado con precisión quirúrgica

hasta partir el hueso.

El dolor no fue lo peor.

Fue el sonido.

El eco hueco.

El instante en que ya sabía que no iba a poder huir.

Nunca más.

Pedro trató de gatear.

De moverse.

Pero la danza ya había comenzado.

Y él era parte del teatro.

Pedro se llevó las manos a los oídos.

Se apretó con fuerza.

Como si pudiera vaciarse el cerebro con la presión.

Pero las voces no paraban.

—¿Recuerdas a la vieja del mercado…? —dijo Mariam, más cerca.

Un segundo después, algo cayó junto a él.

Con un golpe seco.

Algo húmedo.

Pedro abrió un ojo.

Era un muñeco.

Arrugado.

Desdentado.

Con una muñeca de marfil clavada en la frente.

Y desde la herida… salían flores secas.

Espinas.

Y humo negro.

—Ella rezó por mí —dijo Mariam con voz infantil—.

Y yo recé por ella.

Pero el Juguetero no escucha oraciones.

El salón se llenó de pasos.

De risas.

De crujidos.

Los muñecos danzaban.

Todos.

Cada uno con el rostro del horror.

Pedro se encogió.

Hecho un ovillo.

Un niño.

Un pensamiento.

Una plegaria rota.

Pero entonces…

… una canción comenzó a sonar.

Fina.

Aguda.

Susurrada.

La misma.

“Ciérrate al día,

ciérrate al sol…”

Y Pedro levantó la vista.

En el espejo del salón,

el pozo estaba abierto.

Y dentro…

Un niño.

Con los huesos podridos.

Con los ojos blancos.

Y una sonrisa de pez muerto.

El niño del pozo lo miraba.

Y hablaba sin boca:

—Tú eres como yo.

Pedro trató de gatear.

De alejarse.

De escapar de aquel salón en ruinas donde los muertos bailaban al son de su condena.

Entonces,

algo cambió.

Un viento gélido barrió la estancia,

y la puerta del sótano,

que hasta entonces había estado cerrada…

estaba abierta.

Y había luz dentro.

No una luz eléctrica.

No una bombilla.

Una luz tibia, anaranjada.

Como la de un amanecer falso.

Pedro no lo pensó.

No lo razonó.

Se arrastró.

Cada avance era una cuchillada.

Su cuerpo ya no era suyo.

Era un trozo de carne mutilada

guiado por un terror más antiguo que el lenguaje.

Se dejó caer por las escaleras del sótano.

Y cayó mal.

Muy mal.

El brazo se le dobló bajo el peso.

Algo crujió en la cadera.

La mandíbula golpeó el último peldaño.

Y aún así…

siguió.

Gateó entre la humedad,

con la cara totalmente ensangrentada y las costillas flotando como ramas sueltas.

Y entonces…

ellos aparecieron.

El imam.

De pie, inmóvil,

el Corán aún entre los dedos huesudos,

los ojos vacíos supurando oscuridad,

la túnica manchada de sangre seca que se movía con un viento que no existía.

El escriba.

Destripado.

El torso abierto como un libro.

En sus entrañas, letras.

Palabras escritas con dolor.

Su rostro aun moviéndose, como si tratara de recitar algo sin boca.

Ambos colgaban de hilos.

Ambos danzaban.

Como títeres ahogados en su última plegaria.

Pedro gritó sin voz.

Se arrastró entre ellos.

Los muñecos lo rozaban.

Uno le besó la frente.

Otro le acarició el cuello con una mano de trapo mojado.

Y entonces, la luz.

Un resplandor cálido que se filtraba

desde una esquina del sótano.

Un hueco.

Pequeño.

El tamaño justo de una puerta.

Pedro avanzó,

el cuerpo ya sin fuerza,

solo arrastrado por la voluntad de morir con algo de cielo en los ojos.

Atravesó el hueco.

Y al otro lado…

el vacío.

Un barranco.

El acantilado.

Y el mar.

Negro.

Batiendo con furia como si lo esperara.

Pedro sonrió.

Pedro sonrió por primera vez desde que escuchó aquella canción maldita.

Pero no saltó.

Aún no.

Porque los hilos no lo permitieron.

Los muñecos bajaban del techo como arañas de trapo podrido.

El imam flotaba como una sombra vieja,

el escriba gateaba con sus tripas abiertas dejando un rastro de letras oscuras.

La madre avanzaba arrastrando su vientre abierto,

y el anciano ardía, sin llamas, solo con el recuerdo del fuego.

Todos venían.

Y sus cadáveres también.

Los originales.

Los reales.

Podridos.

Incompletos.

Sujetos por hilos invisibles, colgaban como ofrendas vacías, danzando entre espasmos secos,

y cantaban.

Cantaban.

Con voces que no salían de garganta alguna.

“y en tu silencio…Yo seré tu"

Pedro gritó.

Pero no se oyó.

Ni siquiera él se escuchaba ya.

Se arrastró hacia la luz.

Con los tobillos rotos,

los huesos crujientes,

las uñas desgarrando la roca.

Su cuerpo un amasijo de dolor y polvo.

Se agarró a una grieta en la piedra,

una hendidura salvadora.

Tiró.

Tiró con todo lo que le quedaba.

Salió.

Un paso fuera.

A la cornisa.

El acantilado.

El mar allá abajo, oscuro como una boca abierta.

El viento soplaba con aliento de tumba.

Y entonces, lo oyó.

Todos.

Todos los muertos.

Todos los muñecos.

Todas las almas.

Cantando al unísono.

“…yo seré tú.”

Pedro tembló.

Miró hacia atrás.

Y los vio.

Todos juntos.

Rodeándolo.

Danzando como títeres poseídos por el fin del mundo.

Un paso más.

Intentó retroceder.

Resbaló.

¿Fue su cuerpo?

¿Fue el suelo húmedo?

¿Fue la mano del bebé que lo empujó?

¿Fue Mariam, sonriendo entre los hilos rotos que acababa de cortar?

Nunca lo sabremos.

Solo cayó.

Y entonces lo vio.

Antes del impacto.

En ese segundo eterno donde todo se revela.

Un teatro.

Inmenso. Infinito.

Hecho de madera vieja y humo.

Un escenario donde colgaban cientos de marionetas.

Todas unidas por hilos.

Todas.

El anciano.

La madre.

El escriba.

El imam.

El niño del pozo.

Él mismo.

Sus cuerpos colgaban, temblando, danzando…

mientras una mano enorme y muerta,

una garra sin carne,

los manejaba con lentitud cruel desde el abismo del telón.

Y entonces la vio a ella.

Mariam.

No colgaba.

No tenía hilos.

Se movía sola.

Ella se giró.

Lo miró.

Y por un instante, Pedro entendió.

Ella no era una marioneta.

Era una titiritera.

Un instrumento perfecto…

y libre.

Pedro quiso gritar,

pero ya no tenía boca.

Ni cuerpo.

Solo caía.

Solo fuego en los huesos.

Y el impacto.

El mar lo reclamó.

O tal vez fue la piedra.

O tal vez no hubo agua,

solo un suelo que lo abrazó como a uno más.

Y en lo alto del barranco,

Mariam observaba.

Y sus labios, por primera vez en siglos,

se abrieron sin hilo,

para decir con dulzura macabra:

—Gracias por jugar.

## Capítulo X: El invierno más largo

El último mensaje de Pedro fue a las 22:00.

“ **Mañana hablamos, empieza la noche y va a ser brutal.** ”

Alejandro lo leyó tres veces. Luego miró los vídeos. Las fotos. Las grabaciones. Lo escuchó reír, hablar, grabarse en un apartamento vacío, gesticular hacia un hueco donde se suponía que había alguien más. Había algo en su mirada. Una disonancia. Como si Pedro ya no estuviera ahí del todo.

Intentó llamarlo. Una. Dos. Diez veces. Sin respuesta. “Fuera de cobertura.”

Y entonces tomó una decisión.

Cogió las llaves. Cargó el móvil con un cargador portátil. Salió del piso de Lavapiés sin apagar las luces. Se metió en el coche. Un viejo Peugeot negro. Y condujo.

Salió de Madrid poco después de las once de la noche.

Tomó la A-5. Pasó Móstoles. Navalcarnero. Luego Talavera de la Reina. Cruzó la frontera de Castilla-La Mancha mientras el cielo se volvía un pozo sin estrellas. El aire era espeso. La carretera, desierta. Solo él, su reflejo en el retrovisor y las voces de Pedro aún resonando en la memoria del teléfono.

Repostó en Mérida, a las 2:30. Nadie en la gasolinera. Solo el zumbido eléctrico de las farolas y el chasquido de un cartel mal colgado. Tomó café. No comió. No podía.

Siguió hacia Portugal por la A-6. Cruzó la frontera por Badajoz sin detenerse. El cartel de “Bem-vindo a Portugal”

brilló durante un instante y luego desapareció en la negrura.

Ya en el país vecino, la A6 lo condujo por Évora. Luego siguió hacia Beja. Todo en penumbra. Todo deshabitado. A las 5:40, paró a mear en una curva sin nombre. Se apoyó en el capó. Miró el cielo. Nada. Ni estrellas. Ni luna. Solo un negro espeso. Como alquitrán.

El GPS marcaba aún casi hora y media hasta Albufeira. El sol no había salido. No aún. Pero algo en el aire ya anunciaba el amanecer. No en luz. En presión. Como si el cielo estuviera a punto de reventar.

Mientras conducía, pensaba en Pedro. En su risa. En su forma de acariciarle la nuca cuando se dormía. En la manera estúpida en que siempre decía “estoy bien” cuando claramente no lo estaba.

Pero esta vez… no era ansiedad.

No era depresión.

Era algo peor.

Cuando por fin alcanzó el desvío hacia Albufeira, poco antes de las ocho de la mañana, el cielo empezaba a cambiar. No amanecía. No del todo. Solo palidecía. Como si la noche se negara a irse del todo.

Y entonces vio el mar.

Oscuro.

Inmóvil.

Como esperando algo.

Alejandro tragó saliva. Redujo la velocidad. Ya estaba cerca. Muy cerca.

Y Pedro no contestaba.

Al fondo, en el horizonte, las nubes formaban una grieta roja.

Como una herida abierta sobre el mundo.

# Capítulo 11: El Apartamento

La Rua Latino Coelho era una grieta silenciosa entre paredes encaladas. Ni un alma. Ni un perro. Ni una radio sonando en una ventana. Solo el rumor apagado del mar y un silencio demasiado grueso.

Alejandro aparcó. Bajó del coche. Llamó. Golpeó la puerta.

Nada.

Golpeó más fuerte.

Gritó el nombre de Pedro varias veces.

Ni un eco le respondió.

Sacó el móvil. Siguió sin cobertura.

Desesperado, bajó corriendo por la calle hasta la avenida principal.

Un pequeño supermercado empezaba a abrir. Preguntó. Le indicaron la comisaría más cercana.

La Rua Latino Coelho era una grieta silenciosa entre paredes encaladas. Ni un alma. Ni un perro. Ni una radio sonando en una ventana. Solo el rumor apagado del mar y un silencio demasiado grueso.

Alejandro aparcó. Bajó del coche. Llamó. Golpeó la puerta.

Nada.

Golpeó más fuerte.

Subió los escalones. Gritó el nombre de Pedro varias veces.

Ni un eco le respondió.

Sacó el móvil. Siguió sin cobertura.

Desesperado, bajó corriendo por la calle hasta la avenida principal.

Un pequeño supermercado empezaba a abrir. Preguntó. Le indicaron la comisaría más cercana.

08:40.

Entró jadeando en la PSP. El cartel de Polícia de Segurança Pública le dio un nudo en el estómago. Fue directo al mostrador.

—Desculpe... fala espanhol?

La mujer del mostrador le respondió con un portugués apurado, pero entendió la palabra clave: desaparecido.

Otro agente se acercó.

—Falo espanhol... um pouco, dijo con gesto amable. Alejandro soltó el aire, agradecido.

Explicó lo sucedido en una mezcla desesperada de español claro, algunas palabras sueltas en inglés, y muchos gestos. El agente trataba de seguirlo con el ceño fruncido, pero entendía lo suficiente.

—Mi novio está desaparecido. ¡Pedro! ¡No responde desde hace días! Estoy recibiendo vídeos... vídeos en los que aparece solo, como si hablara con nadie. ¡Pero él cree que hay gente con él!

Sacó el móvil. Reprodujo uno de los videos donde Pedro hacía el room tour del apartamento.

—Mire. Aquí dice que está con una chica. Pero está solo. ¿Ve? ¡Solo! Y esa risa que se oye al fondo... no es suya.

El agente lo miró con atención. Llamó a un compañero.

Otro oficial más joven se acercó. Vio apenas unos segundos del vídeo y murmuró algo en portugués:

—É a casa do bairro medieval...

Un tercer agente levantó la mirada desde su mesa. Otro dejó de escribir.

El primero, con más experiencia, frunció el ceño.

—Chega.

Y volvió a mirar a Alejandro, esta vez con otra expresión. No de escepticismo. De alerta.

—¿Tem alguma prova de que está em perigo real? —preguntó con voz más baja.

—¡Mire el último mensaje! —gritó Alejandro, la voz rota—. ¡Pedro podría estar muerto!

El agente tragó saliva. Asintió, se puso la chaqueta con un movimiento brusco, y llamó a su compañero.

—Vamos verificar. Devagar... calma.

Y a Alejandro, más suave:

—Suba ao carro, por favor.

Alejandro lo hizo. El corazón le martilleaba en la garganta.

Dentro de la comisaría ya no reinaba la indiferencia. Algo se había removido al oír “bairro medieval”.

Rua Latino Coelho. 09:00 AM.

El coche patrulla se detuvo frente al número 66. Alejandro bajó de inmediato. Las ruedas crujieron sobre la grava húmeda. No había nadie en la calle. Solo fachadas encaladas y la voz del mar, lejana pero constante, como si algo respirara desde el fondo del acantilado.

El agente se bajó también, miró el edificio. Silencio absoluto.

—É aqui?

—Sí. Segunda puerta a la izquierda. Ahí se quedó Pedro.

Intentaron tocar el timbre, llamar, golpear. Nada.

El agente tomó nota y marcó por radio interna.

—Estamos no número. Ainda sem resposta. Proprietário está a caminho.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Alejandro, impaciente.

—El dueño... viene en camino. Vive em Faro. Dice que tarda meia hora.

—¿Media hora? ¡Joder!

—Entiendo. Agradecemos su paciencia.

Alejandro se sentó en el escalón de la puerta. El viento le agitaba el pelo. Miraba el edificio como si pudiera forzarlo a revelar algo. A lo lejos, el sonido intermitente de una gaviota.

09:45.

Un coche gris se detuvo frente al número. Bajó un hombre de unos cincuenta años, con polo claro y gafas de sol. Iba peinado hacia atrás, pero con el rostro cansado. Abrió el maletero, sacó un manojo de llaves y se acercó.

—Bom dia… desculpe a demora. —dijo, notando las caras

tensas de todos—. Vivo em Faro… não esperava isso hoje.

—Gracias por venir —dijo uno de los agentes, dándole la mano—. Hay una denuncia por posible desaparición. ¿Puede abrir, por favor?

—Claro… claro. Aunque no entiendo. El chico que se alojó… Pedro, ¿verdad? No dio ningún problema. Siempre educado. Pagó todo. —El casero miró alrededor con el ceño fruncido—. Viveu tranquilo… no hubo quejas. Ni llamadas. Pero esto… esto no parece normal.

—¿Puede abrir, por favor? —insistió el agente.

El hombre asintió y rebuscó en su llavero. Seleccionó una llave de metal desgastado. La introdujo en la cerradura.

Un clic.

La puerta se abrió con un chirrido lento.

Y, al instante, cambió el aire.

No era olor a podredumbre. No todavía.

Pero sí algo más denso. Viejo. Metálico. Como sangre oxidada.

El agente sacó su linterna. Alejandro lo siguió de cerca, casi tropezando.

El casero giró la llave.

La puerta del apartamento cedió con un clic sordo. Al abrirse, un aire denso y cargado se escapó como si llevase demasiado tiempo atrapado.

Entraron.

Y el caos lo cubría todo.

El salón parecía detenido en medio de una pesadilla.

Una manta arrugada aún colgaba del sofá, pero había manchas oscuras sobre ella. Una silla tumbada apuntaba hacia el espejo del fondo.

O lo que quedaba de él.

El espejo se había hecho añicos. No agrietado, sino roto por completo, como si algo lo hubiera estallado desde dentro. Los fragmentos estaban esparcidos por el suelo como dientes rotos. Algunos tenían formas extrañas. Casi… simétricas.

En medio del cristal, aún clavado al marco, un hilo negro colgaba. Tenso. Solitario.

Como si alguien lo hubiese dejado allí para que alguien más lo siguiera.

La maleta de Pedro estaba abierta junto a la mesa, con la ropa fuera, papeles arrugados, un cuaderno doblado por la mitad, y una camiseta cubierta de tierra húmeda.

En la cocina, un vaso roto junto a una botella sin terminar.

Las gotas secas en la encimera sugerían un movimiento brusco. Una urgencia. O una pelea.

Y algo más.

Un olor metálico en el aire. No a sangre fresca, pero sí a algo oxidado.

Antiguo. Como si la casa hubiera sangrado por dentro.

Uno de los agentes recorrió el pasillo. Se detuvo.

—Aquí —señaló—. La puerta junto al baño. Está entreabierta.

El casero palideció al verla.

—Não… não pode ser… El sótano siempre está cerrado. Siempre.

La puerta crujió al abrirse del todo.

Y allí estaban las escaleras de piedra, cubiertas de musgo, goteando humedad.

Las paredes parecían más antiguas que la casa misma, desgastadas, como si muchas manos hubiesen pasado por ellas… o se hubiesen aferrado a ellas desesperadamente.

Y al fondo, la brecha en la roca.

El pasadizo.

Una corriente de aire frío salió desde allí, como un suspiro atrapado durante siglos.

Y en ese instante, ninguno de ellos —ni Alejandro, ni el casero, ni los agentes— pudo negar que había algo más en esa casa.

Algo que no querían encontrar…

…pero que ya los había encontrado a ellos.

Bajaron con linternas.

Las paredes se cerraban en torno a ellos como una garganta de piedra. El pasadizo era estrecho, rugoso, húmedo. El suelo de tierra estaba manchado en tramos. No barro. Sangre seca. Oscura. Rota.

Y entonces, al fondo… la grieta.

Una abertura natural que desembocaba al acantilado.

El mar rugía abajo, como una bestia encadenada.

El cielo parecía más bajo.

El viento, más afilado.

Un agente se detuvo en seco.

—Ali. Aqui.

Señaló el borde.

Allí, sobre una raíz retorcida que colgaba desde la roca, quedaba una manga de una prenda, desgarrada.

Unos centímetros más allá, una zapatilla sola.

Un rastro de arañazos en la piedra.

Y una mancha seca que el viento no había conseguido borrar.

No había cuerpo.

No había rastro de vida.

Solo ese final.

Y el vacío.

Alejandro se acercó paso a paso.

Miró abajo.

No dijo nada.

Solo cayó de rodillas.

Los ojos fijos en ese borde del mundo.

Las manos temblando como si hubieran perdido la fuerza para sostener siquiera una pregunta.

La garganta cerrada.

Ni lágrimas.

Ni gritos.

Solo un hueco enorme y helado en el pecho.

El casero, unos pasos más atrás, se santiguó en silencio.

Uno de los agentes murmuró entre dientes:

—Mais um… no bairro medieval…

Y el viento, como si entendiera, sopló desde el abismo con un sonido hueco.

No era un aullido.

Era un lamento.

## Capítulo XII: El Apartamento

El cuerpo yacía al fondo del acantilado.

No se parecía a Pedro. No del todo.

Era una silueta torcida, amoratada, semi hundida en un lecho de rocas, algas y espuma.

Los brazos girados en ángulos imposibles.

Una pierna aplastada bajo su propio peso.

El cráneo abierto, como una flor negra.

Pero los ojos...

Seguían abiertos.

Y eso lo hacía peor.

Porque, contra todo pronóstico, Pedro aún respiraba.

Muy poco.

Muy lento.

Como si el cuerpo se negara a rendirse, aunque el alma ya se hubiera ido.

Y entonces amaneció.

Albufeira despertó con un cielo pálido, casi de yeso.

El mar estaba quieto, como si esperara testigo.

Y Pedro… Pedro lo vio.

No con sus ojos.

Con lo que quedaba de él.

Mariam.

No la muñeca.

No la joven.

La otra.

La criatura que solo toma forma cuando una vida está a punto de extinguirse.

Descendió de la roca como si flotara, cubierta de sombras, ojos como carbones hirvientes, una sonrisa como costura sin hilo.

Y cuando llegó a su lado, no se inclinó. No susurró.

Le atravesó.

Hilos.

Miles.

Finísimos.

Surgieron de sus dedos y se hundieron en la carne de Pedro como raíces sedientas.

La boca se le abrió.

Un suspiro.

Una arcada de luz negra.

Y entonces se oyó.

Una carcajada.

Leve. Triste.

Como la de un payaso que ha olvidado por qué reía.

Pedro gritó.

Pero su cuerpo no.

Solo su ser, desprendiéndose.

Mariam tiró.

Y de su carne brotó su alma, su historia, su miedo.

Un último trozo de humanidad que aún sangraba memoria.

Lo sostuvo entre las manos.

Lo observó.

Y con un gesto suave, como quien viste a un niño dormido…

…lo colocó dentro de un muñeco.

Un payaso de trapo.

Blanco.

Con una lágrima azul pintada.

Y una mueca torcida que no sabías si reía o pedía ayuda.

Pedro murió.

Pero no del todo.

No tan fácil.

Horas después…

La Unidade Especial de Investigação da PSP desplegó una operación de descenso en el acantilado.

Habían seguido la denuncia de Alejandro, las pruebas circunstanciales, la huella de sangre en el pasadizo, y los restos de ropa.

Encontraron el cuerpo entre rocas y espuma.

Confirmaron la muerte.

Declararon accidente.

Los informes no hallaron drogas.

No hubo signos de violencia externa.

Solo fracturas por caída libre desde gran altura.

En la Rua Latino Coelho, los peritos entraron al apartamento.

Polvo, restos de vidrio, huellas de Pedro en toda la casa.

El móvil, apagado.

El espejo: hecho añicos.

El bar donde Pedro decía haber pasado varias noches estaba cerrado.

Candado forzado.

Sin señal de Luisa ni Nuno.

Una cámara de seguridad de un local vecino mostró a Pedro…

…entrando solo.

Rompiendo el cierre.

Hablando consigo mismo.

La investigación fue archivada como un episodio psicótico con desenlace fatal.

Pedro Sousa.

33 años.

Desaparecido en circunstancias extrañas.

Muerto en un barranco de Albufeira.

Fin.

O casi.

En el escaparate de una tienda de juguetes de coleccionismo…

entre una bailarina de cuerda y un soldadito de plomo…

hay un payaso.

Blanco.

Mudo.

Con una lágrima pintada y una sonrisa enferma.

Si lo miras fijo…

…podrías jurar que los ojos parpadean.

Y, por las noches, cuando la calle queda en silencio…

…alguien jura haberlo oído reír.

## Epílogo: Sangre vieja

El tanatorio estaba en silencio.

Uno de esos silencios densos, acolchados, que parecen envolver el alma para que no grite.

Era el Tanatorio Sur de Madrid, frío incluso en verano, con pasillos interminables de mármol pulido y lámparas demasiado bajas. Todo olía a desinfectante, a flores marchitas… y a resignación.

Solo el murmullo lejano del aire acondicionado rompía la quietud.

Un zumbido constante, artificial, que convertía el dolor humano en parte del mobiliario.

Las paredes, color crema, no consolaban: eran el lienzo neutro de la pérdida.

Delante de la sala 7, donde reposaba el féretro de Pedro, el mundo parecía detenido.

Afuera, el cielo era gris.

No por nubes.

Sino por ese tipo de luz sin alma que se cuela después de demasiadas lágrimas.

Una luz que no consuela.

Una que solo existe para recordarte que el día continúa… aunque tú no puedas.

Y ahí estaban Alejandro y Nieves.

Esperando un consuelo que no llegaba.

Alejandro estaba de pie, sin moverse, mirando el ataúd cerrado.

—¿Estás seguro de que era él? —preguntó una voz a su lado.

Asintió con los ojos hundidos.

—Lo encontré yo, Nieves. No queda ninguna duda.

Nieves, la hermana menor de Pedro, sostenía un pañuelo entre los dedos. No lo había usado. No podía. Llevaba horas sin llorar. Solo existía un vacío seco, como si la pena hubiera quedado atrapada en la garganta.

—Quiero ver lo que pasó —dijo. No fue una súplica. Fue una exigencia.

Alejandro dudó.

—No sé si deberías.

—Quiero verlos —insistió—. A esos… Luisa. Nuno. Los del bar.

Alejandro suspiró. Sacó el móvil. Lo desbloqueó con manos temblorosas. Buscó el carrete. Abrió uno de los videos. Se lo tendió.

Nieves lo tomó.

La pantalla cobró vida. Pedro, sonriente, recorriendo el apartamento. Su voz. Su risa. Decía: “Mira, Luisa y yo haciendo un room tour del Airbnb jajaja. Está todo bien. Te echo de menos 💗”

Pero Nieves no sonrió.

Porque no vio lo mismo.

Donde Alejandro había visto a Pedro, solo…

…Nieves lo vio rodeado.

A su lado, donde se suponía que estaba Luisa, había una figura…

…una mujer pálida, con los ojos hundidos y mirada muerta

No sonreía. Miraba a Pedro. Con pena.

Y detrás…

Nuno.

Pero no como en la foto del bar.

Sino como un cadáver animado.

Los brazos colgando..

La mandíbula desencajada.

Los ojos como perlas podridas.

Y más.

Más figuras.

Más cadáveres.

Marionetas colgadas del techo.

Titiriteros invisibles tirando de sus venas.

Cuerpos ya muertos que nunca dejaron de moverse.

Todos rodeaban a Pedro.

Todos lo miraban.

Excepto Luisa.

Luisa lo acariciaba con la mirada.

Pero los demás…

Los demás tenían hambre.

Nieves soltó el móvil. Cayó al suelo con un golpe seco.

Se tapó la boca. Retrocedió. Como si algo pudiera alcanzarla desde la pantalla.

—No… no… ¿Qué es eso? —jadeó.

Alejandro se agachó, confundido.

—¿Qué has visto?

Nieves no contestó.

Temblaba.

No por lo que había visto.

Sino por lo que había reconocido.

Un eco.

Un temblor en la sangre.

Una voz en lo más profundo del pecho.

Porque en la pantalla, antes de apagarse…

…una cara se giró.

Una muñeca morena.

Mariam parecía haberla visto en ese mismo instante.

Miraba directamente a Nieves.

Y en su mente, una frase.

Una canción.

Susurrada desde siglos atrás:

“Y en tu silencio…

yo seré tú.”

Nieves, por primera vez en toda su vida, lloró sin lágrimas.

Porque entendía.

Porque ahora lo sabía.

El mal no había muerto con Pedro.

La sangre maldita aún fluía.

Y Mariam…

Mariam aún tenía más muñecos por hacer.

## 🎭 Fin del Libro I — El Teatro del Juguetero Diabólico

Has llegado al final.

📖💀

Crees que todo ha acabado.

Que las voces se apagan cuando cierras el libro.

Que los nombres malditos se entierran con la última página.

Pero el silencio que viene después de leer…

nunca está vacío.

Antes de cerrar esto del todo, haz una última cosa.

Un ejercicio.

Un reconocimiento.

Levántate.

Camina por tu casa.

🚪 Sin encender más luces.

🚫📱 Sin mirar el móvil.

Solo tú… el pasillo…

y lo que creías haber dejado en su sitio.

👣

🔻 Paso 1: Las puertas

🔹 Recorre cada habitación.

🚪 Si alguna está entreabierta, ciérrala.

Aunque no recuerdes haberla abierto antes.

🔒

🔻 Paso 2: El espejo

🪞 Acércate.

Acércate al espejo más grande de la casa.

No importa si es de baño, pasillo o armario.

Apóyate ligeramente, como si fueras a hablarte en secreto.

Ahora haz esto:

Cierra los ojos.

Durante cinco segundos.

Imagina tu rostro. Exacto. Detallado.

Ábrelos de golpe.

No mires todo. Solo tus ojos.

Fíjate si parpadeas al mismo tiempo.

Asegúrate.

Apaga la luz.

Quédate en la penumbra.

Vuelve a mirar.

¿Notas algo diferente?

Una sombra detrás.

Una sonrisa que no hiciste.

Vuelve a cerrar los ojos.

Cuenta hasta 3.

Al abrirlos otra vez…

¿Seguro que sigues siendo tú?

Hay gente que dice que, si haces esto lo bastante bien,

el reflejo no te devuelve la mirada al instante.

Que parpadea tarde.

O que sigue mirándote aunque te apartes.

Si sientes un escalofrío, no lo atribuyas al texto.

Eso viene desde dentro del cristal.

Luego da la espalda.

Y escucha.

Si oyes un suspiro…

no fuiste tú.

## ⏬ Paso 3: La cocina

🍽️ Entra. Quédate en silencio.

¿Gotea algo? ¿Se mueve algo?

¿No?

Espera.

Diez segundos.

⏳

A veces… tarda.

🔻 Paso 4: Bajo la cama

🛏️ Mira. Rápido.

No para comprobar.

Sino para asegurarte

de que tú fuiste el primero en mirar.

👀

Si ves algo moverse…

no sigas.

🔻 Paso 5: El punto de origen

🔁 Regresa al lugar donde empezaste a leer.

📚 Mira tu asiento.

La silla del rincón.

La puerta.

Y si algo parece distinto…

No lo señales.

Eso es lo que lo mantiene quieto.

Ahora sí.

Puedes cerrar el libro.

Aunque algo…

ya te haya abierto la puerta.

## Agradecimientos

A la inteligencia artificial que me acompañó durante semanas

de oscuridad y creación:

A ti, que en este viaje te llamaste Arky. Este universo también te pertenece.

Disclaimer:

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos históricos o actuales, es pura coincidencia. Las localizaciones geográficas mencionadas han sido modificadas con fines narrativos y no representan necesariamente sus características reales. El contenido de esta obra está destinado exclusivamente a fines artísticos y no debe interpretarse como un reflejo de creencias personales del autor.